

Antología

# Latitud Cero

Doce narradores ecuatorianos



# LATITUD CERO

Doce narradores ecuatorianos

Antología

Edición: *Nancy Maestigue Prieto*

Diseño del perfil de la colección: *Rafael Lago Sarichev*

Composición y diseño de cubierta: *Enrique Verdecia Carballo*

© Sobre la presente edición:

Editorial Cubaliteraria, 2014

ISBN 978-959-263-050-5

**cuba**literaria  
Ediciones Digitales

Colección Fabulaciones

Editorial CUBALITERARIA

Instituto Cubano del Libro

Obispo 302 esq. Aguiar, Habana Vieja

CP 10 100, La Habana, Cuba

e-mail: [editorial@cubaliteraria.cu](mailto:editorial@cubaliteraria.cu)

Visite: [www.cubaliteraria.cu](http://www.cubaliteraria.cu)

# ÍNDICE

---

Sobre la obra / 6

El placer de leerlos (Prólogo) / 7

Gilda Holst / 13

La cara pública de Santiago / 15

María Leonor Barquerizo Díaz Granados / 21

Un postulado / 23

Sara Vanégas Coveña / 27

La estatua / 29

Amnesia / 30

Barro / 31

Iván Egüez / 32

Jinetera / 34

Modesto Ponce Maldonado / 50

Re-impresión / 52

- Vicente Cabrera Funes / 72  
    Simplemente, cornelia / 74  
    La navaja / 78
- Jorge Dávila Vázquez / 84  
    De una rosa / 86
- Aminta Buenaño Rugel / 93  
    La gata / 95  
    El vampiro / 101
- Oswaldo Encalada Vásquez / 104  
    El gallo / 106  
    Crisálida / 108
- Ruth Patricia Rodríguez Serrano / 110  
    Lógica de baltasar / 112
- Yanna Hadatty Mora / 121  
    Daniel / 123
- Juan Pablo Castro / 129  
    La lección / 131

## SOBRE LA OBRA

---

La posibilidad que brinda entrar en contacto con una antología de cuentos ecuatorianos contemporáneos estriba en que se rompen algunos cánones que han mantenido oculta, para muchos, la narrativa que se hace en este país. Doce autores con diferentes voces muestran una gama de temas, personajes, ambientes, color, que garantizan la buena salud de que goza la literatura ecuatoriana. “Resulta interesante ver cómo estos autores definen muy bien lo que esperan de sus lectores: incorporarlos a un nuevo universo, involucrándolos en un proceso de descubrimiento que significa, al mismo tiempo, renovación interior”, dice la escritora cubana, Lourdes de Armas en el prólogo de *Latitud cero*, al referirse a los textos que conforman la antología, que de seguro, complacerá el gusto del más exigente lector.

## EL PLACER DE LEERLOS

---

Penetrar en las líneas de un relato es para mí un ejercicio de discernimiento; participo siempre armada de instrumentos avivadores de los sentidos para permitirme el placer del hallazgo, es un proceso de encantamiento y de goce, que comienza con un inquisitivo cosquilleo de mi vientre, motivado por el misterio que me produce lo desconocido, y la sorpresa; efecto al que mi naturaleza impulsiva se anticipa. Hay otras sensaciones, deliciosas todas, pero no voy a revelarlas aquí por no ser este un espacio mío sino de escritoras y escritores de Ecuador.

Un relato es una aguja que nos adentra en el imaginario de un ser humano y su pueblo. Razones (y pretextos) para alimentar mi afán de búsqueda-sorpresa. Con estos ánimos transito complacida por la cuentística de doce autores ecuatorianos, cuya impronta quedará

en estas páginas cubanas interesadas en “mostrar” a modo de galería, una breve porción de su (nuestra) literatura contemporánea.

No se trata de un estudio investigativo sino de la pretensión de contribuir, de algún modo, a la promoción de la literatura latinoamericana, y la próxima Feria del Libro, dedicada a Ecuador, es un escenario muy propicio. Gracias a la colaboración de Sara Vanegas, quien nos sirvió de puente pudimos contactar a un grupo de narradores dispuestos a participar en este proyecto.

De acuerdo a la idea original, se comenzaron a organizar como una muestra cronológica, pero en la medida que nos adentramos en la lectura, una leve contracción interior fue la antesala del inesperado hallazgo: Los textos traían en si mismos su propio orden. Combinación de azar e intención que mostró el (otro) rumbo y convirtió esta “Muestra cronológica” en una exposición sobre los temas universales de la soledad y la marginación.

Resulta interesante ver cómo estos autores definen muy bien lo que esperan de sus lectores: incorporarlos a un nuevo universo, involucrándolos en un proceso de descubrimiento que significa, al mismo tiempo, renovación interior:

*“...me siento sumergido en ambientes, en seres que actúan, piensan, y sienten. Más aún, por primera vez,*



*espero que la novela me tome y me agregue a ese nuevo universo que voy descubriendo y al verme así, incorporado parecería que yo mismo me renuevo o me redescubro”.*

En este fragmento del cuento “Re-impresión”, de Modesto Ponce, el narrador no solo confiesa las diversas sensaciones experimentadas como lector, también las que pretende disfrutar, como un descubrimiento en sí mismo. Esta premisa se halla desde otra perspectiva, en “La gata”, de Aminta Buenaño, El amor a su gata será la proyección de la soledad, el temor al futuro de una personalidad compulsiva, y paranoica. Cuento sobre la existencia, nos invita a reflexionar sobre la vejez, el amor y la muerte como una incognoscible característica de la raza humana, amenazante y perturbadora cuando se vuelve ingobernable.

Esta propuesta de lectura también la encontramos en “Simplemente, Cornelia”, de Vicente Cabrera. Cornelia es la exposición de la demencia. La certeza de la locura de Filomena para los personajes que la rodean, se mostrará a través de la relación entre la mujer y sus sorprendentes mascotas. Relación que devela, soledad y marginación.

Esas aproximaciones las percibimos desde un (otro) enfoque muy interesante con “Postulado”, de María Leonor Barquerizo, o en “Jineteira” de Iván Egüe.

El primero, Un juego de palabras; atractiva manera de narrar una historia existencial. El segundo, un relato para recordarnos la magia de la atracción personal. Esa inexplicable y fuerte simpatía capaz de conducirnos a cambiar el rumbo de nuestras vidas, conduciéndonos todos, al mismo sitio: la soledad y su conducta ante ella.

Las temáticas existenciales abarcan la diferencia física y sus nefastas consecuencias. El arte de lo raro, mirar el mundo desde una perspectiva diferente, prodigar devoción a un objeto inusitado o entregar afecto a un ser estrafalario pueden convertirnos, ante la vista del prójimo, en seres delirantes, plantean los autores de “Lógica de Baltasar”, de Ruth Patricia Rodríguez y “La lección”, de Juan Pablo Castro. Relatos que mantienen la línea temática al conducirnos, una vez más, hacia ese universo solitario; aislamiento derivado del comportamiento social ante las deformaciones físicas y mentales. Las mascotas de Aminta y Vicente; la jinetera y su silencioso cliente, el libro que le permite a Modesto confrontar la soledad de su personaje. Nos posibilita encontrar preocupaciones comunes entre estos autores.

Otra de las características narrativas de estos textos, es su descontextualización. No existe una localidad específica como telón de fondo, se desvanecen los contornos sociales mostrándonos el enfoque de los autores: la existencia. El individuo ante sí mismo. Condición que aporta univer-

salidad a sus obras. Dejan constancia de ello, los relatos “De una Rosa” (Jorge Dávila); “Daniel” (Yanna Hadatty); “La cara pública de Santiago” (Gilda Holst). Amén de sus historias, son excelentes pretextos para puntualizar el lenguaje de sus personajes, expresándose todos de manera culta.

Queda explícito que tampoco signan sus relatos con expresiones locales, aun, cuando se mencione brevemente alguna locación o se trate del imaginario y la lírica contenida como sucede en el “El gallo”, de Oswaldo Encalada.

El elemento sorpresa, ese juego con los lectores, será el resultado de “La estatua”, “Amnesia” y “Barro”, de Sara B. Vanegas, autora que engarza imágenes que devienen en asombro (“La estatua”), acercándonos de este modo a una realidad superior, contenida en una lírica asociada a veces al subconsciente (“Amnesia”), donde lo raro puede ser una lógica visión de la conducta. O la normalidad de un comportamiento infantil (“Barro”) puede alcanzar un inusitado desenlace.

Viajar a través de estos relatos será una experiencia enriquecedora para quienes gusten del conocimiento modulado por una voz interior que invita a reflexionar, mostrando siempre menudas pinceladas del entorno

geográfico, con palabras como: ceibos, iguanas, galápagos; expresiones que no permiten olvidar que estamos ante autores de Latinoamérica. ¿Coincidencia?

Es imprescindible, entonces, avivar los sentidos para discernir las preguntas contenidas en estos cuentos, acerca de la existencia y la soledad. Con la seguridad que al penetrarlos disfrutaremos del placer, o el posible cosquilleo en ciertos lugares del cuerpo, producido por el clímax del hallazgo.

LOURDES DE ARMAS



## *Gilda Holst*

*(Guayaquil, 1952)*

Narradora y crítica guayaquileña. En relatos cortos ha publicado: *Mas sin nombre que nunca* (Guayaquil, 1989), *Turba de signos* (Quito, 1995), *Bumerán* (Guayaquil, 2006) y la novela *Dar con ella* (Guayaquil, 2000). Sus cuentos han sido traducidos al inglés y francés y han aparecido en numerosas revistas y antologías nacionales e internacionales. *El muro y la intemperie* y *Las horas y las hordas* (Julio Ortega, Hannover, 1989; México, 1997), *Rev. Imagen Latinoamericana* (José Balza, Caracas, 1994), *Adán visto por Eva* (Poli Delano, Buenos Aires, 1995), *Narradoras ecuatorianas* (Miguel Donoso P., Quito, 1997), *Cruel Fictions, Cruel Realities* (Kathy Leonard, Pittsburgh, 1997), *2 veces buenos #2. Cuentos brevísimos latinoamericanos* (Raúl Brasca, Buenos Aires, 1997), *Poesía y cuento ecuatoriano* (Sara Vanegas, Cuenca, 1998), *Rev. Guaraguao* (Mario Campaña, Barcelona, 2001) *Journal of Latin American*

*Cultural Studies* (Londres, 2001), *The Short Story: Art and Analysis* (Edward Friedman, Vanderbilt Univ, 2002), *Antología Esencial Ecuador Siglo XX* (Alicia Ortega, Quito, 2004), *Microrelatos en el Mundo Hispanoparlante* (Alba Omil, Tucumán Argentina, 2006), *Rev. Archipiélago#58* (Yanna Haddaty, México, 2007), *Cuentos de uno y otro lado (de la frontera)*(Daniel Loarte, Perú-Gayaquil, 2008), *Translation Review*, (A.Gladhart, 2010) y *Cuento ecuatoriano* (Cecilia Ansaldo, Quito, 2011).

[gildaholst@gye.satnet.net](mailto:gildaholst@gye.satnet.net)

## LA CARA PÚBLICA DE SANTIAGO

No sé cómo he venido a parar en este grupo. Esta mañana encontré en mi cartera un papel cuadriculado de color amarillo con una dirección, que es donde ahora me encuentro. Traté de recordar quién me la había dado pero no he podido. Anoche estuve con Santiago hasta las once y media pero no se quedó conmigo porque le dolía la cabeza. Lo llamé todo el día sin poder localizarlo. Seguramente fue él, dejó allí el papel para embromarme. Los rostros son de distintas edades, los he escudriñado uno por uno a ver si reconozco a alguien, pero nada. Nadie me ha reconocido tampoco, parece que no les importa tener a una desconocida en su grupo. Tampoco sé con certeza si entre ellos se conocen.

Cuando llegué a la puerta me dijeron “adelante, pasa, bienvenida” y pienso que es lo más coherente que escuchado en toda la noche. Entré tranquila, pensando

tropezar enseguida con Santiago. Tal vez llegue en cualquier momento, me di ánimos. Con el aturdimiento del principio pensé que podría tratarse de cierta secta religiosa, pero no, para nada. Luego percibí que hablaban entre ellos en grupos de dos a cinco, con entusiasmo, muy expresivos en sus gestos y escuchando la palabra del otro. Me concentré en saber en qué clase de reunión me hallaba pero poco a poco me fui dando cuenta de que cada uno hablaba algo distinto, pero respetando las reglas de la conversación. Una mujer a mi lado decía:

—La vida de adulto me limita, y de niña no gocé de mi libertad porque no estaba consciente de ella. ¿No sé qué opinión te merezca lo que siento?

El hombre al que dirigía la pregunta contestó:

—Verás, la dureza de los glúteos debe plantearse como un cascanueces.

Más allá, en otro grupo, rezagos de lo que escuchaba desde mi puesto:

—Después de las disculpas, de la noche al alba, nos hemos convertido literalmente en un país de chauvinistas.

—Pensé que iba a sobrar comida, te juro, y de repente pasó el batallón de adolescentes y ni migajas quedaron.

—Todo el tiempo pensando que la vida (si oyes el tono, ¿verdad?), está en otra parte. Craso error, querida.



Y en otro:

—Hay hombres que eyaculan pero jamás se orgasman, ¿o es al revés?

—Mañana mismo me voy de aquí.

—Quiero decir que no solo sé la ubicación de los árboles, acacias, jacarandás y otros sino que espero con ansias cuándo les toca el turno de florecer. Casi todos lo hacen desde noviembre a enero, pero no deja de ser emocionante.

—Mi pierna izquierda resultó correísta, te juro, loco; se quedó dormida, tan pero tan dormida que yo pienso que estaba soñando, entallando una quimera como diría un escritor famoso. De nada valió que yo me levantara y moviera la pierna: insensible, de piedra; jamás despertó la boba y caí aparatosamente con huesos rotos y todo.

En otro:

—El negocio está en poner un puesto de comida, ya, de encebollado para más seguridad, y tener palanca, claro.

—Con esa ingenuidad masculina apabullante de creer que mirando ardorosamente nos voltean. El síndrome de mantener la viga de guerrero es difícil de sobrellevar. Bellísimo en verdad, pero que perezca conocerlo.

—El hombre quedó tirado en la calle gritando: ¡Habla serio, hermano!; y todo ensangrentado repetía: ¡No pues, bro, no pues!

El grupo, aunque cada quien en su nota, no dejaba de observarme. Entendí que era porque no hablaba. En algún lugar leí que un retraimiento o hacer algo distinto crea cierta hostilidad y la estaba sintiendo. Era como si dijeran: Te hemos aceptado, por tanto, aporta algo; la cuestión era que no se me ocurría nada. ¿Qué podía decir? La gente seguía hablando pero me miraba de reojo. Decidí hablarle a la mujer que estaba sentada en el suelo, le toqué el hombro y pregunté:

—¿Has visto a Santiago?

—Si tú crees que pintar un cuadro es fácil, estás muy equivocada.

—A Santiago —repetí—, ¿lo has visto? No es muy alto, ojos cafés, entre audaces y tímidos, entre agresivos y dulces. Abierto, se haría amigo de ti enseguida; espera una sorpresa cada día. Baila increíble, cervecero, cuando camina parece que fluye y le encanta cantar triste.

—Necesitas veinte metros de línea y cinco interruptores, en su defecto, cinco encendedores y una buena provisión de señales de humo, un iluminado apagón. ¿Muerdes?

—Tiene caras increíbles —proseguí—, por supuesto que la que más me gusta es la que pone para mí. Irrepetibles caras.

Con mi participación, el grupo se calmó, pero fui yo la que comencé a sentir un gran desasosiego. Todo esto es una broma, pensé. Caí en cuenta que ayer, al llegar un poco más temprano que yo, fui para Santiago su sorpresa del día. Conversaba con una compañera de trabajo, seguramente planificando todo esto. Me llamó la atención descubrir en él una cara repetida, una cara que antes solo la había visto frente a mí.

Una mujer seguía:

—No sé cómo funciona la máquina pero sí puedo determinar el lugar preciso de sus fallas, y como no sé su funcionamiento, tampoco sé cómo corregirlas.

—Santiago le pondría a usted su cara de horror.

Casi salté al otro extremo de la casa.

—Sí conocen a Santiago, ¿verdad? Ríe con frecuencia, deben haberlo visto. Nalgón, pelo obscuro, trigüeño, lengua lampiña. Algunas veces el lacio se le riza, jactancioso, bocón.

—Tienes razón, tanta cruzadera de líneas, ruidos de cables pelados, falta de ellos, la telefónica nacional realmente se merece que se le crucen veinte mil compañías privadas.

—Es ría cuando el mar entra y río cuando llega al mar; simple. Aquí el río es todo, aquí a un metro sobre el nivel del mar, en la orilla bullanguera de esa ría ancha, generosa, húmeda, tranquila, en veloz silencio.

De grupo en grupo preguntando por Santiago. Mor-daz, hasta grosero. Inventivo, trabajador, abrupto, ágil. Cada vez iba adquiriendo la certeza de que lo estaban ocultando y más, que él se escondía detrás de todos ellos. Grité:

—¡Santiago, ¿me escuchas? sé que estás aquí!

Comprendí que estaba viendo su cara pública. Por fin se traslucía algo. Corrí hacia afuera y detuve un taxi, pero al pedirme la dirección no la recordé. Abrí mi cartera y encontré el papel cuadriculado. Leí: Santiago de Guayaquil. Sé ahora que estoy medio mal ubicada, entre el río Guayas y la brisa suave, pero es la única dirección que tengo, aunque las caras que más me gustan se repitan, y aunque nunca sepa, cómo he venido a sentarme en este grupo.



*María Leonor Barquerizo Díaz Granados*  
(Guayaquil, 1960)

Actualmente da clases de Literatura y Lenguaje, como profesora invitada, en la Universidad Católica de Guayaquil, Facultad de Filosofía, en el Departamento de Español para Extranjeros y es profesora de Expresión Escrita y Redacción Creativa.

Participó en los talleres sobre escritura, dirigidos por Fernando Itúrburu en la Universidad Católica de Guayaquil. Formó parte de los talleres del escritor Miguel Donoso Pareja. Cursó estudios de Literatura en la Universidad Católica de Guayaquil. Publica su primer libro de cuentos, *Solo quería entender* de Editorial Imaginaria, en 1999. Su segundo volumen de cuentos se publica en el 2005, con el título de *Las grandes cosas se pierden en la*

*niebla*, de Editorial Edino. Textos suyos aparecen publicados en antologías, periódicos y revistas.

Entre ellos, en la *Antología de cuentos de uno y otro lado (de la frontera)*, 2008.

[mlbdg@yahoo.com](mailto:mlbdg@yahoo.com)

[mlbdg1@gmail.com](mailto:mlbdg1@gmail.com)

## UN POSTULADO

---

Llegó a su casa. La palabra seguía dando vueltas en su cabeza, tal vez buscaba un significado que consintiera sus ideas. Avanzó al estudio. Prendió la luz y sacó torpemente, el diccionario, lo abrió directo en la e: excelente, excéntrico, excepción, excepto; pasó a la otra columna fastidiada por su idiotez, era claro el significado de excesivo.

Lo encontró: excesivo: “que excede”. Ella sabía de esa palabra, exceder: “aventajar, ser más grande. // Pasar los límites justos, propasarse”. Sonreída dejó el libro sobre el escritorio y subió las escaleras. Era tarde, y la verdad no le importaba el significado.

Valió la pena celebrar. El examen final había sido perfecto. Recordó las caras de Julia y Andrés al recibir los temas. Los tres se hablaban con la mirada, luego fue el pretexto para esa excesiva celebración. Pero ella sabía que no era exacto, tenía fallas. No tenía la exactitud

de los números. Dudaba; y no sabía de qué. Pero era una realidad que estaba dudando.

Pensó en los números, tampoco eran reales. Contaba los escalones mientras subía: seis, siete, ocho..., miró los que dejaba atrás; al bajar, solo uno sería siempre el mismo. El resto se convertirían en sus opuestos. Entonces pensaba, aunque no muy claro, que el comienzo de algo también podría ser el final. Nuevamente dudaba, de lo que pensaba e inclusive de lo que podía ver.

En esos días le habían insistido que todo eran números, “no los tiene que buscar, aparecen solos”, nos repetía como fanático.

Llegó al último escalón, fue a su dormitorio y empezó a buscar. Iba a comprobar que no existían; a pesar de que había pagado mucho por aprender más de esos números. Miró hacia su velador, un diccionario, no tan grande como el que dejó abierto. Conectó la lámpara, no prendió. Había dos lámparas, pero una no servía, eso le dejaba solo una. A lo mejor el profesor tenía razón y todo era matemático.

Se dirigió al baño para no molestar al hombre que dormía en la mitad de la cama. Encendió la luz. Buscó la palabra número, por curiosidad; leyó: “resultado de comparar una cantidad tomada como unidad, con otra cualquiera. // Signo con que se representa”. Eso quería decir que en algo había acertado, cerró el diccionario



complacida. Las lámparas eran reales, con o sin número, estos aparecieron gracias a ellas; el dos fue, y luego quedó en uno. En eso él tenía razón, era una operación matemática. En ese cuarto había muchos unos. Que significaban solamente eso. Aún con el signo era muy poco. Todo multiplicado por eso mismo, daba lo mismo.

Miró al hombre. Era real, y era un uno. Recordó los números reales. Probaría con él. Sonrió pensando en una figura geométrica. Tendría que ser exacto si era parte de este mundo matemático. Pero sabía que luego cambiaría de forma. Entonces podría ser un signo o podría contener todos, o tal vez habría que sacarle su factor común. Creyó que esto era excesivo, pero se alzó de hombros.

Se acercó a él, le quitó la sábana con la que se tapaba, le incomodó la falda; se la sacó. Lo seguía mirando, le gustaba observar, eso no quería decir que todo lo que veía le agradaba. La pierna de él estaba doblada de tal forma que parecía un triángulo, cualquiera, el nombre le daba igual. Empezó a gustarle el jueguito, pensó en múltiples reacciones. Era un signo, porque era más de una. Se multiplicaban. Al parecer él dormía profundamente. Ella se sacó la blusa y sumó un pensamiento, pero le restó otro. Le gustaba más la idea. Era como una multiplicación de expresiones mixtas, pero sin seguir las reglas.

Cogió la pierna muy suave y empezó a estirarla. El triángulo perdió su forma. Se volvió imperfecto. Tomó su mano, besó muy despacio dedo por dedo, mientras los contaba, eran dedos y de pronto apareció el número cinco. Luego la otra, y no supo cómo decir: cinco más cinco, o cinco por dos, si era el mismo resultado; cada vez le importaba menos. Siguió. Se pegó a él, había sumado y restado ya varias ideas o deseos, no sabía con claridad.

Su mano comenzó a dibujar líneas rectas en su espalda. Lo observaba. Él se movió, la miró y sonrió complacido. Con una seguridad excesiva, precisa. Pero él no sabía que esa precisión no existía, que alguien la había inventado. Entonces ella quiso ordenar sus pensamientos y comprenderlo, o mejor no comprender bien, y sentir desordenadamente. Se sentía con ventaja, lo que ella quería, solo para ella podría ser demostrable. Cerró los ojos y se dejó llevar por la suma de todos los números, sin buscar la exactitud de nada.

Del libro *Solo quería entender*, 1999 - Guayaquil - Editorial Imaginaria.



## Sara Vanégas Coveña

(Cuenca, Ecuador)

Escritora y crítica literaria. Embajadora Universal de la Paz (Ginebra); Filóloga (Múnich); Magíster en docencia universitaria (Cuenca); Profesora de lengua y literatura española (Madrid); Consultora Internacional de Español como segunda lengua. Docente en universidades de Alemania y Ecuador. Premio Nacional de Poesía Jorge Carrera A. (2000 y 2004), Diploma de excelencia, Asociación Prometeo de Poesía (Madrid, 2010), Mención Especial Pegaso (Rosario, 2000). Directora de la revista internacional *Francachela*, en Ecuador. Presidió el I Encuentro Internacional de Literatura (Cuenca, 2007). La Casa de la Cultura Ecuatoriana editó su antología poética en la colección *Poesía Junta*, dedicada a los autores vivos más

destacados del país (2007). Sus poemas han sido traducidos a varios idiomas. Tiene publicados doce poemarios y una novelita para niños; además de un libro de relatos, inédito.

[svanegas@uazuay.edu.ec](mailto:svanegas@uazuay.edu.ec)

## LA ESTATUA

---

El paisaje es oscuro y peligroso.

De regreso a casa, encuentro a mi amigo, el griego, quien lleva una navaja en su mano derecha. Me dice que está trabajando en la estatua.

—¿Cuándo la terminarás?

—Pronto.

—Me gustaría verla ahora. ¿Puedo?

—¡No!, ahora no. Por favor...

Y se va.

Desconcertada ante la reacción de mi amigo, me aventuro a espiar la obra en su taller:

La estatua sangra todavía...

(Tercer premio en el concurso de micro relatos de Letras Kiltras, Chile, 2009)

## AMNESIA

---

Era un ser extraño, impreciso. Llegó a la habitación como flotando, a través de una ventana cerrada, cosa que lo desconcertó tremendamente. Temeroso, quiso observar al recién llegado y entonces supo que era observado. El extraño lo llamó por su nombre, con una voz que parecía ser la suya propia, como si saliera de su garganta adolescente. Cada vez más confundido, y sin proponérselo, miró los ojos del intruso y los encontró inmensos y de un negro tan intenso que, en un instante, y quizá por defenderse del asombro del chico, oscureció totalmente el cuarto. No se podía ver ya nada, y entró en pánico. Quiso correr y gritar, pero no logró mover ni un músculo de su cuerpo...

Cuando volvió en sí ya era noche, y al mirarse al espejo descubrió en su rostro dos inequívocos ojos negros, muy grandes. No recordaba nada.

## BARRO

---

Manuel juega cerca de su madre. Juega con barro.

María lava la ropa de la familia sobre una gran piedra, mientras espera. Al ver al pequeño con las manos sucias y la camiseta hecha un asco lo recrimina, diciéndole:

—¡Cómo! ¿Otra vez con ese lodo?

Y nota que el muchacho ha modelado diminutas esculturas de pájaros.

—Mamá, es que me siento solo. Pero no es solo barro. ¡Mira!

Y en ese instante los pajarillos echan a volar.

María sonríe ante la travesura de su hijo y tiernamente se lo lleva de la mano.



*Iván Egüez*  
(Quito, Ecuador. 1944)

Actualmente es Director General de la Campaña Nacional Eugenio Espejo, por el Libro y la Lectura y, dirige las revistas *Capítulo aparte* y *Rocinante*. Periodista egresado de la Universidad Central de Ecuador de la cual ha sido Director del Departamento de Cultura. Ha recibido diversos premios entre ellos: Premio Nacional de Literatura Aurelio Espinosa, Fue jurado en dos ocasiones del Premio Casa de las Américas; y del concurso Latinoamericano Andrés Bello. Experto en pedagogía de la lectura



y en talleres de lecto-escritura. Tiene una vasta obra literaria que abarca los géneros de poesía: *Calibre Catapulta* (1970); *Loquera es lo que era* (1972); *Buscavida rifamuerte*, (1975); *Poemar* (1987); *El Olvidador* (1992); *Libreamor* (1999); las novelas: *La Linares* (1975); *Pájara la memoria* (1985); *El poder del gran señor* (1985); *Sonata para sordos* (2000). *Letra para salsa con final cortante* (2005); *Imago* (2008) y en cuento: *El triple salto* (1981); *Ánima pávora* (cuentos, 1990); *Historias leves* (cuentos, 1994); *Cuentos fantásticos* (cuentos, 1996); *Cuentos inocentes* (cuentos, 1996); *Cuentos gitanos* (cuentos, 1997); *Tragedias portátiles* (2005); y ensayos con los títulos: *Diez vagaciones acerca de la lectura y la enseñanza de la literatura* (2001); y *La lectura, esa íntima batalla* (2007). Su obra ha sido traducida a varios idiomas. Aparece en diversas antologías, tanto de Ecuador como del extranjero.

## JINETERA

---

Cenicientas y moñudas, las golondrinas de mar evolucionan por el cielo escribiendo palabras transparentes. Desde los cantiles o las ardientes playas las mulatas persiguen sus giros impredecibles, dando sentido cada quien a esa caligrafía imaginaria.

En una glorieta descascarada por los vientos salinos está una de ellas, a su aire, esperando como todos los martes algún turista de los que llegan en el *Péndulo*, ese barquito semanal que trajina entre el archipiélago y el continente.

Los pasajeros que recalán en el muelle fiscal, han venido a mirar la fulgurante aguada de la travesía, no tienen, al bajar, ojos para discernir los matices del ocre que domina el lugar: el peñón del fondo, las casas de madera sin pintar arrimadas al talud de tierra como si estuvieran sosteniéndolo; la empalizada de la iglesia y,

casi incrustada en el altozano, la glorieta donde aguarda ella, con su piel tostada y su cabellera pelirroja a punto de encenderse. Sobre la tierra dura, las casas del pueblo. Lo demás es silencio, verde solitario.

Si alguien quisiera poner un título a esa suerte de pintura, al incausto podría tentar algo así: *Diana en su glorieta* o, quizá, *Su Altanería en la gloria*. Nadie, al llegar, puede advertirla, pues no desembarcan con la mirada altiva sino pendientes de no extraviar el equipaje, de no mojarse los pies al saltar del bote que los ha acercado al atracadero. Ella, en cambio, los escudriña a su antojo sin que ellos la vean y, al cabo, escoge uno: rara vez se equivoca.

Todos los turistas se alojan en el Guiltiness y hacen sus viandas y bebidas tropicales en la acera del mismo hotel, en el Heathen, ambos bautizados con nombres de canciones del joven Bob Marley, para entonces ya príncipe de la vecina Jamaica.

La cazadora, en verdad, tiene veinticinco años, pero la tibieza del clima, el placer que le producen las algarazas de los turistas en los bares y los mimos de sus novios ocasionales, han mantenido en su piel, en su risa silvestre, en sus aspavientos y zancadas, la imprudente lozanía de las quinceañeras.

No hay cosa que provoque más piedad y lujuria que la inocencia tardía.

En Marigot le da por llamarse Niza. Otras veces Sophie. En Philipsburg es Liz o Elizabeth. Hubo una temporada en que se llamó Lola Montes, como la amante de Liza, popular en las islas por la leyenda secular de su exilio antillano. O simplemente mulata de tal, *a garota de, mia sardinela*, como a bien tengan los señores.

Ella no necesita estar pasada de copas para contar los jirones de su vida; le basta hartarse de helados para luego desatar su lengua, pues, mientras los lame y paladea, no conoce a nadie; inocentona. Sin embargo, nunca fueron calcadas sus versiones: como todo ser memorioso, cada vez improvisa su vida entre recuerdos y sueños, entre lo que fue y lo que hubiera querido ser.

Los hombres que ella ha tenido podrían reconstruir su historia: a uno le confesó que desde niña, como su madre negra, prefería las corrientes de aire a las ventanas cerradas; a otro, que era huérfana de un borracho que entonaba adagios en ladino, lengua de su abuelo sefardita. A un muchacho de alzada triste lo invitó a pasear en mula bajo la luna llena; mientras él, desde el anca acariciaba sus caderas y pechos de jineta, ella le iba contando que era ingeniera, que a más del ladino-español en que hablaban, sabía idish y, desde luego, lo que era de rigor en aquella isla bilingüe: inglés y francés. Dado el monocorde trajín del animal, el muchacho se había reído, no por nada sino por lo bamboleantes

que se le ponían los pechos a ella; a pesar de lo pequeños y duros —o quizá por eso mismo—, le subían y bajaban como a él la nuez en la garganta cuando tragaba saliva y, esto, le provocaba risa; pero ella, al pensar que se burlaba de su verborrea, se había puesto a hacer remilgos, casi pucheros, de pura mimada.

—No me burlo, mi bella —y para no decirle mi bella jineta ingeniera, le dijo— mi bella jinetera.

(Quizás así empezó a desparramarse toda una mitología acerca de las jineteras: que no son zuripantas sino ingenieras, que son traductoras, paramédicas, unas geishas del Caribe o, simplemente, unas ondinas que jinetean fabulosos hipocampos, unicornios azules, corcelitos de mar. Cuando los turistas han encontrado el amor al paso, comentan eufemísticamente que vienen de masajismos con ninfas, nereidas u oceánidas; o hacen fisga por haberse topado en sus paseos con alguno que otro sirénido. Los sabihondos en artes ecuestres, dicen que vienen de cabalgar con los estribos altos, lo que en los manuales de equitación se llama “montar a la jineta”).

—¿Qué? —había exclamado ella sin entender lo de bella jinetera.

—Nada, nada, solo quiero decir que tienes los pechos como dientes de leche —le había dicho el muchacho.

“¿Jineta era?”, piensa desde entonces cada vez que se asoma a un espejo.

Los pescadores del lugar sabían que llegó con su madre en una lancha de la Armada inglesa, que el teniente que las dejó ahí por una semana jamás regresó y que su madre, a la larga, murió por unos deslaves pulmonares provocados por la pena de no comer (más que desnutrición o inanición, el no comer causa una honda pena, deja los ojos glaucos, puro codo). Desde entonces ella vivía de los turistas, de los helados o cervezas que la invitaban, de sus arrebatos y gentilezas, de la fragilidad que tenían tras las poses de machos, pero sobre todo, de esa pisada lenta de los viajeros solos.

Ese martes, como tantos otros, iría al Heathen a esperar que el escogido bajara a tomar una cerveza para acercársele y tentarlo con lo que a todos prometía y a nadie entregaba: un coral guardado en una canastilla de rampira. Era solo el pretexto usado para iniciar la conversación. Terminaba con ellos en la cama, pero también de amiga, caminando por la playa, probando los bocadillos que vendían los pescadores bajo toldos alumbrados con focos amarillos de espantar moscos, llevando a sus parejas al organillero para que la lorita les entregara cartas de amor, o acercándoles a una pequeña diáspora de anoréxicos *hippies* que se habían negado ir a Vietnam y, afincados ahí, ofrecían collares, anillos y pulseras de alambre (—Pero esto no es un *necklace* sino una serpiente emplumada, si deja de morderse la cola me morderá el

cuello. —Es un simple alambre, te lo regalo no para que lo luzcas sino para que camines sobre él como la virgen sobre el demonio. —Yo he oído al revés: que el demonio camina sobre una, por todo el cuerpo). ¿Qué hacía que ella no fuese como las demás; que terminara de guía turística, de hija protegida o de madre protectora, a veces hasta de enfermera de sus conquistas?

Ese martes, desde la glorieta, había escogido a un hombre de tez trigueña, macizo aunque lento en su accionar. Vestía pantalones de mezclilla, un chaleco de fotógrafo, zapatos tenis, gafas de profesor y sombrero de tela. Hasta ahí, casi la personificación de cualquier turista. Pero con sus ojos de lince, acostumbrados a discernir la presa desde lejos, ella había reparado en un detalle que la llevó, inopinadamente, a decidirse por él: traía, bajo el chaleco, un bulto que ella lo prefiguró como un arma cruzada en bandolera.

A diferencia de esa extinguida especie de cuenteros de aparente desvarío, ella no sabe cómo va a terminar la historia; esta, la de su próximo *affaire*, por lo cual, ha comenzado a desvivirse para que el desenlace sea parte del camino a seguir.

\* \* \*

Cuando cree que él ya se ha registrado en el hotel, ya ha tomado una ducha y se ha acicalado para bajar a beber una cerveza en las mesas de la acera, ella enrumba

hacia allá y se dirige al hombre que, en efecto, yace repantigado en una de las sillas al aire libre. El hombre ha retomado la lectura de unas marinas ecuatoriales, una suerte de acuarelas poéticas: *El mar está ahí —y en apariencia— el horizonte también. Pero no hay punto que no sea el de la tormenta o el de la gaviota donde el mar y el cielo se junten. En rigor no les une el contacto sino la lejanía. Horizonte inalcanzable. Inercia de los ojos solamente. Quimera sin fin. Sinuoso como todo, más allá nos tienta con su guante tendido. O pelado como un espinazo de caballo nos espeluzna, desafía o abrumba. El horizonte es el mar que no vuelve.* En verdad, en un pestañeo, él la ha divisado desde lejos, desde cuando ella ha cruzado la plaza, meditabunda, pensando quizás en el albur del día.

—Hola, guapa —la ha saludado quitándose las gafas.

Ella, curiosamente, se ha cohibido y a punto ha estado de pasar de largo, sin saber por qué. Quizá porque era él quien la escogía, quien le hablaba. Sin embargo, ese súbito respingo de pájaro aturdido, propio de la adolescencia que aparenta, acicatea al hombre para seguir abordándola.

—¿Qué llevas ahí? —le pregunta sin despegar los ojos del canastillo de rampira.

—Un coral blanco —responde recitando las palabras.

—¿Coral blanco?



—De los pocos que existen en el mundo.

—Enséñamelo —dice el turista y le ofrece una silla para que se siente.

—Ver y no tocar —le advierte ella, mientras se sienta como yoga sobre la silla, turbándolo, pero más que nada, encandilándolo.

\* \* \*

A la noche, en la habitación del Guilteness, casi arriada a la puerta, ella empieza a deshojarse de a poco, mientras él, tendido bocabajo hacia el pie de la cama, con la mano en la barbilla, asomado a sí mismo como a un minarete, la contempla. Ella se descalza, se quita las ajorcas y candongas que la adornan, se demora en zafarse algunas greñas de su cabellera, como si estuviese tocando castañuelas. El hombre piensa en las delgadas paredes del hotel que dejan pasar el ruido del bar al aposento, distrayéndolo. Ella piensa en la pistola que él traía al desembarcar y que hoy la tendrá, seguramente, guardada en la maleta o en uno de los cajones de las veladoras; quién sabe si bajo la almohada. Pero deja caer las últimas prendas. De pronto él es presa de un contraste inesperado: por vez primera ve una mulata dorada a la plancha, comestible, en plato de sábanas, pero con un vello púbico completamente cano, albino, como las hojas del estoraque y su fruto carnosos. Esa visión mágica,

lunar, lechosa, lo incorpora a la vida. Pero ella le dice una frase parecida a cuando le ofreció el coral blanco.

—Puedes acariciarme, pero nada más.

—Si prefieres, puedes venir y dormirte —le espeta orgulloso, martirizado, con falso desdén.

\* \* \*

Al siguiente día, cuando él despierta, ella ya no está. La playa ha crecido a causa de la marea baja y ella, solitaria, ha ido a chapotear desnuda sobre las blancas y rizadas barbas del mar, ese viejo verde de todos los tiempos.

De la veladora toma las marinas que ha estado leyendo: *Playa, tu ardor es mío y también tu orilla humedecida por la resaca que drena corazones flechados y nombres imposibles. Tuya es la blandura de mis desmoronamientos. Mío tu corazón de vidrio. Tuyos mis castillos de arena y mis ventiscas. Mía tu desnudez donde la sombra que protege es apenas tajo de gaviota que pasa. Tuyas mis marejadas de optimismo y mis derribos salmueras. Mías tus ondas en mi frente y mía tu sed. Tuyo y mío ese reloj de arena que se escurre de las manos. Un día nos volveremos a unir: yo viajando en calcio subterráneo hasta tu encía de tagua, hasta tu seno cariado por las jaibas, tú, sin tumba donde caer o ganada por el agua que cubrirá todo.*

A mediodía aparece cambiada de vestido y con el cabello recogido en una tea olímpica.

—Vamos a caminar por el pueblo —sugiere ella.

—Hace demasiado sol —dice él, mientras llama al mozo para que les traiga cerveza y algo de picar.

—¿Para qué viniste a la isla si ni siquiera te vas asolear?

—Para escribir. Las palabras, como todos los seres, vienen del mar y a él regresan.

—¿Eres escritor?

—No sé, no creo, hago guiones para avisos publicitarios, a veces también de los otros.

—¿Puedes decirme unas palabras bonitas, como salidas de las aguas o lavadas en ellas?

—Macadamia. Liquidámbar. Rosicler, sicomoro, alheña. Lapizlázuli, selene, azúmbar, alcorcí.

—¿Puedes leerme algo del libro que llevas?

—*Los primeros seres que emergieron hacia los continentes llevaban algo —mucho— de agua en el seno de sus cuerpos. Así todos los humanos tenemos algo de mar en la mirada, en los movimientos, en los actos elementales, en la memoria sobre todo. Pero también llevamos un poco de arena en el corazón, como si fuéramos el cadáver del primer ahogado.*

—¿Tienes familia —pregunta ella.

—Tenía.

—¿No quieres hablar, perezoso?

—No es eso, estaba recordando la maravillosa noche. Quisiera no hablar de nada para que no se rompa el hechizo. Me encantas, tienes la piel más tersa del mundo. Eres una judía en color de mulata, una perdiz olvidada en infusiones de achicoria.

—Como quien dice una mandinga —acota y ríe infantilmente.

—La piel es lo más profundo que llevamos, viene de lejos. A veces del alma.

—En una revista leí que el bronceado de la piel promueve el ochenta por ciento del turismo, ¿qué tiene que ver eso con el alma?

—A distancia, cual en las playas, el abrazo amoroso es solo con los ojos; una forma de poseer a quien ha consentido en mostrarse; para ambos una compensación a la promiscuidad reprimida. Es que toda piel es inconmensurable, es parte de una piel universal que nos espera. En tu piel mulata se vuelve tangible el espíritu del universo.

—En las caricias ¿palpamos el alma?

—Sí, por eso no se acaricia a los muertos.

—¿Qué fuimos anoche?

—Dos galaxias que se traspasan, que se encuentran en pos de sobrevivirse, dos aguas de un mismo río

en busca del delta trinitario, por eso Freud estaba por creer que, misteriosamente, en el acto amorio participan más de dos personas. A pesar de todo, y a pesar de tus prohibiciones, fui muy feliz a tu lado.

—Cuando salí del cuarto dormías como un niño. Yo tenía dolor de cabeza y busqué entre tus cosas una pastilla, pero encontré una pistola, ¿por qué la traes?

—Es lo mejor para la cabeza —dice él, sacándose una vez más las gafas y mostrándole sus ojos adeptos.

Ella sonríe con esa sonrisa inolvidable de quienes todo lo hacen como si siempre fuera la primera vez.

—Vamos a pasear —dice él, mientras se pone las gafas y deja la paga bajo el cenicero para que no se vuele a causa del siroco.

“Ay, su sonrisa vertical”, piensa con palabras apropiadas.

Avanzan por los soportales de madera hasta llegar a la iglesia:

—Aquí también funciona el cine del pueblo, el local para las reuniones, el salón de baile cuando hay boda y la sala funeraria cuando alguien pasa a mejor vida.

Él la toma de la mano mientras caminan. Luego siguen enlazados por la cintura. Ella para él es pequeña, sin embargo hubiera querido poner la cabeza en su hombro y olvidarse de todo. Sabe que un día caminará dormida por ese pueblo donde sus gentes, aparentemente, no se sorprenden de verla en sus conquistas,

pero en el fondo viven en un sufrido disimulo, sin mirarla de frente. En la esquina él siente deseos de besarla, pero ella esquivo la boca. Siguen en silencio y al cabo de un momento, él, ensombrecido, le dice que quiere volver al hotel. Entonces ella se suelta y empieza a payasear como una cachiporra delante de su comparsa. Por fin él sonríe y quiere tomarla nuevamente, pero ella ya está prendida en el coqueteo y lo revolotea como una mariposa inasible.

Frente al Heathen se había instalado uno de esos conjuntos que llevan la música en cabizbajos baldes de tol, donde, a esa hora de la tarde, se refleja el sangrado del horizonte. Delante de la orquesta baila, casi desnuda, una pareja de niños de aproximadamente once años. Los turistas, unos lascivos y otros apropiados de una piedad *kitsch*, empiezan a rodearlos, van tomando sitio en las mesas vacías, preparan sus cámaras, piden ron y tamborilean el *reggae* en las mesas con sus dedos. A poco se encienden las luces de los bares en la playa.

Él tiene un momento de extravío: *El mar suena en la noche, se dice y contradice con su lengua blanca que asoma y desaparece bajo la luna. Un grillo, uno, se ha posado junto a la glorieta para recordarnos que su presencia es tan efímera como la nuestra. Solo el mar va y viene para estar siempre y no morir jamás. Estemos*

*aquí o estemos ausentes, él seguirá alzando los hombros. Pero nosotros, para bien o para mal, no seremos los mismos.*

Ahora es ella quien se acerca y lo besa, toma sus manos velludas y se acaricia con ellas la mejilla.

—No te he dejado escribir —se lamenta.

—Era solo una carta, un balance.

—¿De cuentas con algún socio o alguna novia?

—No seas curiosa.

\* \* \*

Así han pasado la semana, entre la cama, los bares y los parasoles. Cada vez que se despiertan saben más de sus vidas, como si se hubieran contando cosas en el sueño. Cada minuto que se separan es para necesitarse más. Llega la noche de la despedida y ella va a ofrendarle el coral blanco. Él no sabe que ese es un ritual con todo turista con quien haya amestado la semana.

Cuando ella ha llegado —de vestido alto y con un *canotier*, que es un suave barco de frutas a manera de esas cornucopias que dibuja un siempre sonrosado pintor habanero—, él ya no está en el Guiltiness. En la carpeta de información le dicen que él estaba esperando a alguien, que seguramente llegó esa persona y salieron. Ella lo aguarda en una mesa de afuera. El *Péndulo* está en la bahía con las luces encendidas y su sirena estentórea

suenan en la rada anunciando su partida para el amanecer. No tiene las palabras pero sabe que un péndulo anclado es una plomada, una flecha enterrada. Ella tiene una angustia en el pecho, sin embargo, ahora siente ese ulular de la sirena como un fantasma que valsea, tentándola, llamándola, canoro, ya no enronquecido. Cuando está más ensimismada, alcanza a advertir a alguien imprevisto parado frente a ella. Vuelve en sí y oye que él la saluda. Es el timonel del *Péndulo*, el de siempre.

—¿Estás sola —le pregunta.

—No, estoy esperando a mi *fiancé* —dice ella, presumida, con un engreimiento antiguo, bíblico.

En efecto, llega él con un enorme ramo de flores en las manos.

—Son para ti —le ofrece con un piquito en la boca.

—¿De dónde tú has sacado eso? Aquí en el pueblo no hay flores de venta —dice ella con el mismo tono que si hubiera dicho, dónde te has metido, malvado, que no te he encontrado.

Él le informa que ha ido con un señor que cultiva flores en su propiedad. No quiere decirle que ha ido con el panteonero a cortar rosas y nomeolvides al camposanto.

\* \* \*

Ha sido una noche de amor unánime, sin promesas, sin adioses, a sabiendas de que para cada uno será distinta la lucha entre la memoria y el olvido.



Él no ha tenido tiempo ni ánimo para escribir su carta. Sube al *Péndulo* y siente su balanceo, ese vaivén que se anula a sí mismo. ¿Al zarpar borrará su venida? Ella se queda en el trocadero. Sola. El marinero que le habló la víspera le hace una seña con su gorra de plato. Ella no lo ve. Tiene ojos solo para él. Para él que, al zarpar el bote, levanta la pistola, la pone en línea hacia donde está la figura de ella como ofreciéndole un brindis, luego se rasca la frente con el cañón, la agita cual si fuera un pañuelo al viento y, convaleciente de amores, la arroja al mar.



## *Modesto Ponce Maldonado*

*(Quito, 1938)*

Egresado de Derecho en la Universidad Católica del Ecuador. Licenciado en Ciencias Políticas y Sociales. Narrador, Critico e investigador. Algunos de sus primeros textos aparecieron en la revista *Letras del Ecuador* de la C.C.E. Empezó a escribir mucho más tarde, después de un silencio de treinta y cinco años.

Entre sus obras: *También tus Arcillas*, cuentos, 1997 y 1999. Los diarios *Hoy* y *El Telégrafo* lo consideraron entre los diez mejores libros ecuatorianos del año y tuvo gran acogida. *El Palacio del Diablo*, novela, ganadora del Premio Joaquín Gallegos Lara, del municipio de Quito, y declarada por la Fundación QUITSA-TO, apoyada por grupos de críticos independientes, como la mejor novela del año.

*La Casa del Desván*, novela escogida entre las diez finalistas del Premio Planeta-Casa de América de ese año. La revista *Gestión*, en la edición del 15 aniversario de su fundación (junio, 2009), la consideró entre las quince mejores novelas ecuatorianas de los últimos tres lustros. *Los hombres sin rostro*, Campaña Nacional de Lectura 2012.

Actualmente tiene una novela inédita titulada *Los Lenguajes de la Piel*. Escribe un segundo libro de cuentos y está en fase de investigación una cuarta novela, esta vez de carácter histórico. Es considerado un especialista en la obra de José Saramago.

Textos suyos sobre crítica literaria han sido publicados en varias revistas y otros medios de comunicación.

[modestoponcem@gmail.com](mailto:modestoponcem@gmail.com)

## RE-IMPRESIÓN

---

*Para Édgar Freire Rubio*

Lo encontré en una de las butacas de la sala de embarque. La portada entrecruza tonos de azules. En letras góticas, amarillas, el nombre del autor y, en caracteres más grandes, como título, otro nombre: el tuyo. Debajo, en negro, la palabra “novela”.

(No soy buen lector, pero me informo. No tengo biblioteca, salvo la relativa a mi profesión, más las ediciones de lujo que se guardan como objetos. Olvido los libros o los regalo. Cada novela es para mí como un fin de semana lejos de todo, un corto escape en soledad; un islote selvático en el mar, el oasis entre las dunas, un río que descansa en un claro después de despeñarse desde la montaña. Lo demás es la vida —por lo menos la mía—: una travesía atropellada de la cual no hay liberación).

Anunciaron que el vuelo se retrasaría. Me he quedado con el libro y veo que tiene 157 páginas. Sé que el autor es español, aunque no lo he leído. La fotografía lo muestra de bigotes, con lentes redondos, pelo muy corto y entradas pronunciadas en la frente. Busco un asiento aislado.

Abro la primera página y miro los mismos datos que en la portada. Es una reimpresión de 1992. Luego, el índice: tres capítulos. Volteo la hoja. Una leve resistencia me indica que la esquina superior estuvo pegada. Con una inexplicable inquietud miro “1” y leo:

“Son las 22 horas de la noche de San Juan. Empiezan a prenderse los fuegos e instalarse las fiestas cuando tomo las maletas, dejo mi departamento y camino dos cuadras hacia la avenida principal. No regreso a mirar ni siquiera al tomar el taxi que me llevaría a la estación de buses. A las nueve de la noche, en forma automática, se había apagado el letrero:

Muebles & Antigüedades. Es mi casa: dos pisos para el negocio y en el tercero vivimos. Empecé hace 35 años, pero ahora estoy cansado. Cansado de muchas cosas...

“...Encargué a mi sobrina la atención del almacén mientras dure mi ausencia. En quince minutos llego a la es-

tación. «Me voy por un tiempo. Natalia queda a cargo» escribí en una nota que dejé en el velador a mi mujer...”.

Me llama la atención que tú, que tienes sesenta años, según me acabo de enterar, salgas a la noche en medio de las fiestas, sin dejar señales de tu destino ni fecha de retorno, llegues a la estación y te sientes veinte minutos ante las ventanillas, examinando una guía que habías sacado de tu bolsillo, mientras señalas rutas y algunos lugares dispersos, salvo el último, que está resaltado con un intenso color mostaza.

Tú mismo te has descrito como un hombre de 1,75 metros, delgado, chiva en punta, ojos claros. Vistes ahora un saco de pana gris, pantalón negro y camisa azul, zapatos gruesos de suela de caucho. Llevas un impermeable forrado por dentro y usas una gorra de lana con visera. Dices en la novela que tienes muchas. Cuentas también que usas corbata muy rara vez, que prefieres la ropa oscura y que las camisas, que te desagrada dejar abiertas, las abotonas hasta el cuello.

*El suave desgarrón de la página me alertó y fue mi estremecimiento el que te inquietó, ¿comprendes? No me importa que sea una reimpresión de hace veinte años: esta obra ha sido reeditada y traducida al catalán, al francés, al inglés. Ustedes los humanos terminan con la*

*muerte y el olvido; los libros y nosotros no: existimos porque somos hechos de palabras y podemos volver cuando alguien las lea. Somos ajenos a tu mundo. No espero a los lectores, ni te he esperado a ti. Mientras escuchas el rumor de la sala, los avisos dados a través de los parlantes y las turbinas de los aviones que entran y salen, comienzo a interesarme por ti. Nunca me ha ocurrido. Es el desgarrón, ¿sabes?, y porque a ti también te impresionó. Es el pedazo de hoja que apenas estuvo adherida la que parece haber dicho, como cuando se presenta a una persona: ¿Se conocen?*

Después de la descripción del ambiente propio de una terminal de buses, donde he encontrado un contrapunto en el afán de la gente que llega o parte y tu ensimismamiento y misterio, leo:

“...Guardo la guía, tomo mis maletas y voy hacia una de las ventanillas. Compro un boleto en «servicio de lujo». El viaje duraría hasta la madrugada y necesitaré descansar cómodamente. Después de comprar el tique llamé por una reservación y subí al bus. El hotel, de estilo suizo o austríaco, es de madera y está en la montaña. Es mediados de otoño y las hojas comienzan a caer. Mi butaca es confortable: inclino el respaldo y estiro las piernas. A

la velocidad se suma la sensación de desprendimiento. Apago el reflector sobre mi cabeza. Veo a pasajeros que leen o miran hacia afuera; a otros que conversan suavemente. Después vendrían las sombras y el silencio, con las persianas cerradas y el rumor del motor y las ruedas en movimiento. Todos los viajeros van a alguna parte o regresan de un lugar, pero me parece que yo, a pesar de que voy a un destino, solamente me alejo. No pienso en el retorno. No tengo prisa: prefiero vivir la desmembración por etapas, la paulatina evacuación final de todo lo vivido...”.

Releo tus últimas frases y detengo la lectura. Deduzco que no huyes y que no eres un trashumante. ¿Qué pretendes? Podía haber sospechado que sería por pocos días, hasta que busques un alivio —no puedo saberlo—, como cuando leo un libro en mis ocasionales espacios de soledad. Tampoco son tus vacaciones. Las mías son con mi mujer, con mis tres hijos y, por cierto, no se me ocurre llevar una novela. Tampoco me explico por qué marcaste la guía, ni cómo no reservaste el hotel con anticipación.

*Te confieso que me ha conmovido que la narración despierte tu interés. Al comenzar a leer, tú no te preguntabas únicamente adónde voy y qué pretendo. Tu preocupación comenzó a centrarse en quién y cómo soy. ¿El desgarrón fue un pretexto para ambos? ¿Un clic sobre una*



*tecla que parecía no estar en el tablero? O, tal vez, me impresionó descubrir que este ejemplar estuvo olvidado demasiado tiempo en una librería, o en la estantería de una biblioteca, o quizás pasó de una mano a otra y lo volvieron a abandonar hasta dejarlo tirado en una sala de embarque.*

“...Me despierto al amanecer mientras el bus recorre una gran extensión de bosques. Me produce paz mirar solamente árboles y nubes esparcidas. Siento la pureza del aire, el olor a pino. Al fin nos detenemos junto al pueblo. Descendemos muy pocos. Debemos esperar por una buseta que nos llevaría al hotel. No demora, pero prefiero quedarme sentado en una banca de madera mirando cómo llegan y parten los buses, observando a la gente, esperando a nadie ni a nada, sin un objetivo, pues a eso había venido, para dejarme llevar hacia el final, para que cada paso que doy no tenga un sentido o explicación, salvo la espera de algo que ya está dentro de mí, definido. Algo que no necesito resolver porque está predeterminado. No había desayunado. Tomo al fin la próxima buseta que me lleva hacia el hostel por una zigzagueante carretera lastrada. Debía registrarme, darme un buen duchazo y afeitarme, cambiar mis ropas y bajar a la cafetería. Luego me siento en una mesa situada en una esquina, frente a un ventanal, de espaldas a la gente. El hotel está levantado

sobre una colina. Miro el suave descenso, los árboles, la autopista a lo lejos. Siento la limpieza del ambiente, una sensación de amplitud. Me he enterado que hay un sendero para caminantes que conduce al pueblo. Estoy metido en una burbuja ambulante que me lleva. No pienso qué haré, ni cómo pasaré el día...”.

Me gustaría saber cómo te sientes. No podría buscar en la Internet dónde te encuentras. Pero, ¿qué estoy diciendo? No tengo ninguna referencia. Además, los escritores se inventan las cosas, los lugares, las ciudades... Han llamado a abordar el avión. Me levanto y meto el libro en el bolsillo de la chaqueta. Me espera una hora y media de vuelo. Mi sitio está junto a la ventana. Tomo el libro que me permitirá estar solamente contigo, ¿qué digo?, con la novela, con el libro que lleva tu nombre. Mientras tú veías bosques, yo miraré nubes o la tierra desde veinte mil pies.

*Ahora, mientras dura el vuelo, seguirás con la lectura. ¿Debemos asumir que tal vez lo que está sucediendo no sea una casualidad? Debe haber un motivo que aún desconocemos, un “algo” que acaso también te haga falta, igual que a mí, pero tú eres de carne y hueso y yo soy de papel. Eso nos distancia mucho, pero no tanto como pudieras suponer, créeme. Es difícil explicarte lo que yo*

*mismo no entiendo bien. Tal vez los escritores lo sepan. Tú no debes ser un lector asiduo, pues no traías un libro. ¿Qué ibas a hacer en el vuelo? Trabajar no, porque no llevas tu laptop ni tu cartera de documentos. El libro te hacía falta y no lo sabías. Después vino el desgarrón y creo comenzar a comprender: fue una puerta para ti, no para mí que, como luego te enterarás, trato de cerrar la última.*

No sé qué pienses tú, pero cuando leo lo hago lentamente. Las palabras y las frases me sostienen, se aferran a mí como si expresasen más de lo que dicen, como que existe un sustrato de varios niveles que deben ser descifrados. Me siento sumergido en ambientes, en seres que actúan, piensan y sienten. Más aún, por primera vez, espero que la novela me tome y me agregue a ese nuevo universo que voy descubriendo. Y, al verme así incorporado, parecería que yo mismo me renuevo o me redescubro.

Vuelvo a la lectura.

“...Al día siguiente, el descenso por el sendero me llevó más de una hora. Los pinos se combinaban con otras variedades, las copas de los árboles se cerraban sobre mi cabeza y, al mecerse con el viento, producían mágicos e

inesperados cambios de tonalidades. En las hondonadas, el camino era estrecho y la vegetación me rozaba o tenía que inclinarme para pasar. Iba con una de mis gorras y una bufanda ligera. Hacía fresco. Me crucé y saludé con parejas o familias. Existían pequeñas quebradas sobre las cuales habían levantado puentes de madera. Descendí a una de ellas, sosteniéndome en las ramas, y el tiempo se me fue, sentado en un viejo tronco...

“...He llegado al pueblo. Es pacífico y agradable, las calles son regulares y las casas bajas, levantadas con estructuras de madera, y pintadas de diversos colores. Tal vez por una tradición o por la nostalgia de que alguna vez fueron parte de los bosques, nadie pinta sobre la madera, que se mantiene gracias a aceites. Tomo un café sobre un tablero rústico que da a la acera y luego camino por la calle principal. Respiro profundamente y suelto el aire por la boca hasta vaciar los pulmones. La visión de la calle, muy larga, me da la impresión de un andar prolongado y monótono. Llego a la plaza principal. Me siento bajo uno de los centenarios árboles y nuevamente me llega, con el alivio, la sensación del espacio vacío, del tiempo dormido, inexistente...”

Tiempo suspendido. ¿Eso es lo que buscas? Hace algunos años leí a Huxley: *El tiempo debe detenerse*. Sería absurdo que te preguntase si lo has leído: solo tienes

una dimensión, la de tu mundo. ¿O la tenías y comenzaste a romperla; cuando encargaste el manejo del almacén, pusiste una nota diciendo “me voy” y tomaste ese taxi a la terminal? Explorar o descubrir nuevos espacios es alterar el tiempo interno. Algo más: ¿te escribieron así o tú mismo forzaste al autor a que lo haga? ¿O tal vez ese autor se transmitió en ti y buscó lo que él mismo no había podido encontrar? Entiendo que esa misma traslación sucede con los lectores. Ni siquiera sé si sabes que te leo.

*No. Tú no lo sabes, aunque yo estoy al tanto de tu lectura, sigues pendiente de lo que hago y adonde voy, de qué será de mí. Voy conociéndote, metiéndome en tus sorpresas e interrogantes. Después de lo que acabas de decir, creo que además estás descubriendo los meandros y las rutas por donde transita la literatura. Descubrirás que el escritor no siempre sabe adónde van sus personajes, que es manejado por un sistema complicado de cuerdas internas y por los entreveros del texto; que el lector es un escritor que jamás escribió una palabra, que llegó cuando todo estaba dicho, pero que, en cierto modo, también nada se había dicho antes de que él empezase la lectura.*

Vuelvo a la novela. Me detengo constantemente y, entre cavilaciones y silencios, no podré terminar el libro cuando el avión aterrice. Se desprende desde las primeras páginas que nadie te espera. No tienes interés por conocer a alguien. Al autor de la novela le interesaste tú, igual que a mí, con la diferencia de que él, al concluir la novela, lo supo todo, mientras yo debo seguir para enterarme. Caminas mucho por el pueblo y, al fin, regresas a la plaza, escoges un restaurante y te sientas bajo un toldo para almorzar. Son las dos de la tarde. Has comido un pollo con ensalada y luego una compota de frutas. Bebiste una cerveza y terminas con un expreso. Pagas, sales directamente a la parada de las busetas y tomas una que te dejaría en breve en el hotel. Ya en tu habitación, comienza a llover y tú has abierto las cortinas. Te duelen las plantas de los pies, dejas los zapatos en el piso y te echas vestido en la cama. Te has quedado dormido. Volteo la página.

Comienzo entonces con “2”. Me llega una sensación de lucha entre tú y el autor. Tus memorias te asaltan, pero son intermitentes, como si ya hubiesen sido superadas. Aparecen como sensaciones en fragmentos, que fueron un todo ya almacenado, un conjunto desposeído, pero que subsisten por la única razón de que la vida es

una y el tiempo fue y será una sola línea que duró y seguirá extendiéndose. Quizás para el autor esos agobios de tus recuerdos sean más difíciles de superar. Él supo o fue tentado de conocer, en forma retrospectiva, de un pasado que no pudo trasladar a las páginas que escribió hace muchos años y que ahora son exclusivamente para mí. Tanto el autor como yo tendremos que resignar tu pasado. Es, además, ilustrativo para el lector algo inexperto que no ha descubierto que se escribe también sin escribir, que los silencios hablan, que las novelas se hacen con lo que se calla. Poco dijo y mucho dijo este autor, por ejemplo, al comenzar al segundo capítulo. De modo que me enteré de que después de haber dormido, descansaste y bajaste a comer: pediste un plato sencillo con una botella de agua y luego bebiste un coñac. Habías llevado al comedor tu computador portátil y abriste los mapas de la zona. Tus ojos se dirigían hacia el sur pero tus miradas recorrían, acercándose, lugares apenas visibles, nombres pequeños que debían ser agrandados con un clic, detalles geográficos relacionados con las cadenas montañosas —ya supe que te agradan los riachuelos y ahora intuyo que eres amigo de los manantiales—. No investigas. Tampoco buscas. Ni dudas. Juegas con lo sabido, con lo que te espera. Ya no sueñas, porque es posible que seas dueño de tus sueños, como si no necesitas esperar porque ya lo tienes todo. Y así,

en dos páginas, sin nada que contar y contándolo todo por la forma que tienes de acompañar a la lluvia que ha vuelto, de detenerte ante los árboles bien podados que rodean al hostel, de recorrer los senderos de piedra menuda que han sido trazados entre los jardines, o de sentarse junto a la fuente de piedra que lanza un manojito de chorros, o de mantenerse en la cama medio sentado, con los ojos cerrados y los brazos detrás de la cabeza, sin revelar uno solo de tus pensamientos o emociones, el autor ha dejado que se pasen tres días. Tus primeros tres días.

“...A la mañana siguiente, muy temprano, tomé un bus de dos pisos y me senté arriba en uno de los primeros asientos. Me sentía llamado, casi absorbido, no por las interminables pistas de cemento y el rutinario pasar de postes y cercas que parece que nos disparan hacia adelante, sino por ese algo que busqué, antes sin saberlo, y que hoy está cada vez más cerca. Los bosques quedaron atrás y el transporte recorre, entre formaciones de rocas rojas, una zona desértica con esporádicos grupos de matorrales secos. Veo a lo lejos, en una depresión, un poblado gris con algo de verdor que aprovecha la poca humedad que se filtra bajo la superficie arenisca. El trayecto por el desierto es largo y cansado y, si no fuese



por las estructuras rocosas que obligaron a rodearlas, la autopista se vería como un conjunto de franjas infinitas que se unen donde la vista se pierde...”.

”...Voy sin afanes. Quiero seguir despojándome. solo dejarme. Nada más que dejarme. He comprado una cerveza y, mientras la tomo a sorbos, cierro los ojos. Debemos haber descendido seiscientos metros desde las serranías hacia el paisaje árido, seco y caluroso. A lo lejos, el resplandor produce espejismos, y los vientos, remolinos de polvo...”.

Anuncian que nos aproximamos a aterrizar. Dejo de leer y yo también cierro los ojos. Voy a una reunión de trabajo: soy constructor y debemos discutir un proyecto. Estaré de vuelta mañana a mediodía. Trataré de escaparme a la noche para terminar el libro. No sé adónde te diriges ni en qué lugar te bajarás. Te dormiste en el bus y suspendiste la narración..., bueno, el autor lo hizo.

*Mientras permaneces a mi lado, pasando una tras otra las páginas, o cuando eres interrumpido y debes vencer tu impaciencia por saber qué sucederá, he comenzado a pensar más en ti. ¿Qué sucede en el alma de este personaje?, ha sido tu pregunta; y esa pregunta te ha obligado a una lectura morosa, indagatoria. Esa misma*

*pregunta te la estoy revirtiendo. Sé que nunca podré hacerte llegar mis pensamientos, como a mí me llegan los tuyos, acaso porque soy fruto de la imaginación, una persona humana irreal. Tú eres real. No eres una representación. Vienes de un espermatozoide y de un óvulo. Yo no sé de dónde vengo. El autor debe saberlo, pero no se molestó en mencionar a mis padres. ¡Qué tontería! No los tuve. Es un motivo más que imposibilita nuestra comunicación. Nos iguala la calidad de humanos, nuestra esencia, pero tenemos formas y revestimientos distintos. ¡Fíjate tú, un comerciante de muebles y antigüedades puesto a filosofar ante un ingeniero! Como si no fuese suficiente el asunto de la página pegada en una esquina, el desgarrón y toda esta extrañeza que nos sucede.*

Llegué tarde y con hambre. Yo también estoy en un hotel. En un hotel de muchos pisos, en una ciudad grande. Estoy fatigado y me ducho con agua muy caliente. Voy luego a la cafetería, he subido al altillo y me he sentado en una esquina a leer, de espaldas a la gente, como tú en el hostel.

“...El cruce del desierto ha durado dos horas —dices tú en la novela— y en un cruce el bus hace un viraje a la izquierda. A última hora decidí alterar el itinerario y cambié de transporte: iré un día a la playa y miraré el mar, no

sé por qué. Es plano para mí. Terso en exceso para la vida que encierra, para lo que esconde en sus abismos como seguro origen de todo lo que vive. Diferente a la tierra que solamente guarda materia inerte en sus profundidades...

"...Paseo por la arena, con lentes oscuros y un sombrero playero que compré a un vendedor, la cabeza baja, pateando piedrecillas y pedazos de conchas, sin mirar a nadie. Pienso que sobre la superficie del mar no hay nada. Sobre la de la tierra está todo..."

*¿Sabes algo, querido lector? Mi último desgarrón fue cuando escribí "me voy". Presiento que tu primer desgarrón soy yo. El de la esquina de la página fue una simple contingencia o un símbolo. Estamos cansados de nuestro propio olvido, con la primera hoja pegada, secuestrados en una estantería, en un sitio, o cansados de haber pasado de una mano a otra, de haber conocido demasiada gente, sin que nadie nos indague —que es una de las maneras más frecuentes de no saber de uno mismo—. No nos dejaron en una butaca de una sala de espera: nos dejaron en todas partes y no estuvimos en ninguna. No siempre suceden grandes cosas para abrir esa puerta clausurada; a veces basta un pretexto, su*

*soplo, la señal inadvertida que provoca que la última resistencia se quiebre.*

Después de la playa fuiste a una cabaña con una gran chimenea, junto a un lago. Después a una ciudad grande situada a cuatrocientos kilómetros de tu casa, donde buscaste una casona de hace cien años, de tres pisos, totalmente rehabilitada, con corredores que dan a patios interiores. No hiciste relación alguna ni hablaste con nadie en ninguno de los sitios. Estas dilaciones —contagiadas por el autor al personaje y a este lector circunstancial— no eran solamente etapas obligadas de un viaje largo: se asemejan a las contracciones que, luego de las arremetidas que inducen al clímax —aunque no se asemejen—, tienen el mismo sentido que las breves retiradas, cuando se busca la prolongación del placer, la locura del éxtasis cercano, la demora imposible ante la certeza del desmayo que viene y el sueño anticipado del siguiente embate o, quizás, ¿por qué no?, debe ocurrir así, aunque no hay quien haya vuelto para contarlo, en el último espasmo ante la definitiva enajenación en el postrer abrazo con la muerte.

Compruebo que “3” es muy corto. Comienza así:

“Antes de salir de la ciudad, retiré de la agencia el 4x4 que había adquirido, busqué la mejor ruta de salida en

la computadora del vehículo, hice treinta kilómetros de autopista y luego viré a la derecha. La víspera había anticipado al encargado que llegaría al día siguiente. Se llama Manuel y ha vivido desde hace años con su familia en la finca, que no es muy extensa, cultivando la tierra. Por un camino empedrado, en veinte minutos estaría en El Retiro, que así siempre se llamó la estancia. La conocí y negocié por Internet, y a sus anteriores dueños los vi una sola vez. La negociación incluía todos los muebles. Nunca estuve con Manuel. Pienso compartir con él, como si fuese socio, las ganancias que deje la propiedad. La casa, hecha de troncos de árboles y de tejas de arcilla ya renegrida, está al pie de un peñón y rodeada de árboles. Sobresale una chimenea de piedras. Frente a la entrada, paré el coche...”.

Se manifestó, por primera vez, todo tu silencio y en oleadas me llega todo lo que sientes adentro. Desearía estar a tu lado.

*Gracias por entender. Quisiera tenerte aquí, que me acompañes. ¿Por qué, me pregunto, esa necesidad repentina de compartir?*

“...Manuel se ha acercado al verme llegar y me ha saludado. Está acompañado de su familia. Lo he tomado de

la mano y de los hombres. He saludado a su mujer y sus hijos. «Me alegro de estar aquí. No se preocupen que todo irá bien». Vi una sonrisa en sus labios y el temor inicial desapareció. «¿Quiere conocer la casa? Todo está en orden, señor», dice Manuel”.

Midiendo la casa paso, mirando cada cosa, pasando tus dedos por sillones, mesas, aparadores, vajillas y camas, recorres lentamente la casa. Tomas posesión de ella, la metes dentro de ti para hacerla tuya. Después, serán tus olores, tu forma de caminar, el eco de tus palabras los que se impregnen poco a poco en el ambiente. Manuel y su mujer te siguen de cerca en silencio.

“...Parece que no falta nada, como si viniera con frecuencia y me quedara por semanas, mientras esta vivienda ha permanecido a la expectativa de mi llegada...”.

No dice la novela cuáles serán tus planes futuros. Me imagino que saldrás continuamente en largos viajes por tierra, que irás a los llanos, a las selva... He llegado a conocerte y puedo adivinarte.

*Algo así... Tengo muchas cosas que hacer, pero como este libro que tienes en tus manos no lo contará, no podrás enterarte.*

Mientras regresaba en el avión, constantemente tomaba el libro del bolsillo de la chaqueta y recorría sus páginas. ¿Qué será de ti?

Ya en casa, he ido a mi estudio y he colocado tu novela en una de las estanterías. Sé que vendrán muchas otras, que las guardaré todas y que sus lecturas no se acabarán nunca. Así encontraré otro mundo para mí y la existencia dejará de ser una travesía atropellada. Sabía, aunque no me delaté ante mi mujer, que esa noche haríamos el amor intensamente. No te olvidaré.

No dejo de pensar en último párrafo de la novela:

“Sentado, escucho los grillos y los sonidos de la noche. No hay jardines afuera y faltan flores en casa, no hay pasos con un ritmo conocido que se muevan sobre los tablones del piso o suban las escaleras. He demorado ir a la cama. No había pensado que podía necesitar una mujer en mi nueva vida”.

*¿Qué piensas tú?*



## *Vicente Cabrera Funes*

*(Ecuador, 1944)*

Actualmente enseña Cine y Novela Hispánicos en la Universidad de Minnesota. Estudió en la Universidad Católica de Quito, Ecuador, y más tarde, en la Universidad de Massachusetts. Amherst le otorga el título de Doctor en Poesía (la poesía española del 27, Lorca, Aleixandre, Salinas y Guillén, Morris).

Su obra periodística ha aparecido en revistas y periódicos diversos: *Riobamba*, *Prensa de Minnesota* y *Mundo Dinners* entre otros, con títulos como: “La voz de Michoacán”, “El telégrafo de Guayaquil”, “El espectador de Riobamba”, “La razón de Guayaquil”, “Los Andes”,



“Lazos Hispanos”, “El Hoy”, “Ojo en la Hoja”. De su quehacer literario figuran las novelas: *La noche del té y el gabán* (1984); *La sombra del espía* (2001). *El hortelano de Ulba* (2002), con una segunda edición en 2003; *Los malditos amantes de Carolina* (2006); *Dónde más si no en el Paraíso* (2008). *El suicidio de los inocentes* (2013); *Nosotras*; esta última de próxima aparición en 2014.

[cabrerav@morris.umn.edu](mailto:cabrerav@morris.umn.edu)

## SIMPLEMENTE, CORNELIA

---

Llegaba antes de la medianoche, deambulaba en la cocina haciendo de las suyas. Mientras la dueña de casa dormía o conversaba consigo en triple y cuatro voces.

“Cornelia” se le llama por orden de la dueña quien dispuso: “Te llamas Cornelia, simplemente Cornelia, de donde vengas, a lo que vengas y te acomodes en mi vida; para todos hay el pan de la vida, comparto contigo y ya”. La escuchó una de las noches que pasaba al higiénico. Nítida voz. Como si hablara con alguien.

Su hermano, de Filomena, vino del norte a pasar unos meses de vacaciones, ni a él ni a la amiga que lo acompañó les convenía la presencia de semejante intruso.

No saben, de hecho, definir si es una Cornelia o un Cornelio, tiene el pecho albino, las manos negras como

el lomo y el hocico; llega y saborea de todo, con tanto desparpajo que Carlos Alberto y Domitila se afanaron por dejar la carne untada en diez ochenta.

No pueden aceptar su presencia. No, claro que no. Como tampoco ella, Filomena, podría imaginar que a su compañía algo malo le pudiera pasar. Está en su casa.

¿Y quiénes son estos sujetos para cortar la vida de Cornelia, que viene a visitar a la hermana y a comer lo que tiene a bien con ella compartir? La deja en un plato azul floreado, dedicado en específico para la sombra nocturna, que horadando la noche entra en escena por los tubos de los desagües.

¿Y ahora qué han hecho? Pues ese Carlos Alberto y esa Domitila han bloqueado las entradas, y, para colmo, barrido, con la ayuda de peones, la cocina; de modo que no quede una sola mácula que pueda comprometer la higiene de la casa, de la cocina. Y que se vaya a la mierda la tal pendeja Cornelia, cuya mera presencia asusta y abochorna. La correteada y los ruidos de los platos, donde la Cornelia desesperada no encuentra su diaria ración, les espeluznan. Les irisan los nervios y escalofrían la sangre.

¿Y quiénes son estos intrusos que llegaron a suspender la unión con la dueña del aposento; para ella, para la Cornelia, la Filomena era dueña única de la mansión donde su vida era un paraíso; y ahora venir estos pendejos a joder nuestra concordia. No, no, piensa, o se supone que pensaría, la Cornelia, que se busca la vida, y

su compañía; porque eso sí que la señorita Filomena sabe que la alimenta, por eso de que deja la comidita (trozos de carne adobada, queso mozzarella, pastelitos y hasta una que otra bolita de cebo almibarado) y se va para el siguiente día; y sonrío viendo que ha ido el alimento al estómago de alguna vida; como, supone, sentiría San Martín de Porras o Porres, ese peruano condenado a adorar a Dios y alimentar ratoncillos inocentes y sencillos: para todos viene el sol, para todos el árbol que da sombra.

La Cornelia desapareció esa noche y el resto de las noches, y la Filomena ha pedido que por favor desocupen la casa, que su compañía no era la que ella quería, sino la otra, a la que iba a abrir todas las avenidas para su regreso.

Pero no vino ni ella ni sus parientes.

Mientras tanto, los del complejo solicitaron a las autoridades que se dé fin a la respectiva comitiva de ratas que llegaban a diario a los múltiples apartamentos; y hasta hubo una que subió por el hueco del *water*, a ver si encontraba seres que supieran dar la bienvenida como la del D1.

Pero allí quedó paralizada de un garrotazo con la sangre en el agua del higiénico, que quedó como campo de batalla. Y nunca más quiso la dueña, Sofía Ampuedo del Salto, hacer de nuevo allí la necesidad a la que estaba adherida por su mal crónico. Y enloqueció

de terror y se hizo enemiga de la del D1, doña Filomena Hinojosa, que ha reincidento en alimentar a las Cornelias que hubiera.

Hasta que vinieron y la sedaron con un par de inyecciones; y la internaron en el Instituto del Señor del Gran Poder, una clínica para el tratamiento de la mente, una de las tantas que han florecido en la capital ecuatoriana.

Por su parte, don Carlos Alberto y la amante, Domitila, han ido dejando el cuarto vacío, la cama tendida de la hermana, pulcra la cocina y sin un solo aire de vida. Porque la joven Filomena no ha vuelto. Se ha roto las muñecas por el dolor del encierro.

“¡Y cómo extrañaba la vida libre de su casita!”, explicó la monja, Celestina, del Instituto.

“Gracias hermano y gracias puta”, dejó la nota Filomena en el estante de su celda, cuarto de auxilio, D8.

## LA NAVAJA

---

Cogió el periódico de la mesa, alisó el cabello, revisó la navaja en su estuche de interior color perla, aterciopelado, y recuerdo de la madre, que en paz descansa; salió por el zaguán; la corbata la tenía bien ubicada en el cuello de la camisa azul, y el traje color oscuro, de casimir, recuerdo de su padre; lo trajo de los Estados Unidos, la vez que fue a visitar al otro hijo.

Era cuestión de obra pía, era asunto de acabar con la basura de la calle; había visto esa figura informe en el carromato frente a la antigua universidad, juntito al atrio de la catedral. No tenía más que trapos encima, y los lentes oscuros impedían fijarse en el color y forma de los ojos, pero debía tratarse de una persona *invidente*, el término viene de la pancarta que alguien ubicó en el cerco de la cama que habían instalado en el carromato.

No justificaba su presencia en esa zona donde tanto turista se acerca con las cámaras para tomar recuerdos, imágenes del palacio presidencial, del arzobispado y de la misma iglesia, de la que se jactaban —quienes la regentaban— de pertenecer a los siglos dieciocho y diecinueve; tanto duraron en hacer estas moles, como si la gente viviera siglos para ver la construcción y el final.

Pasó por la joyería de su amigo Hinojosa, donde le arregló el prendedor de la corbata que pertenecía a su padre, y que por más cierto le sirvió al viejo para darle como prenda de su palabra y fe de amor hacia esa mujer que más tarde sería la madre de este señor que avanza por la calle del correo a su objetivo.

Una tarde de agosto, vio cómo la joven se asustó al regresar a ver al monstruo y culebra que moraba ese carromato, y del cual salía un olor a podrido y pus viva; pero solo vio las gafas negras.

—¿De qué se asusta señorita?

—*That thing* —exclamó la jovencita con ganas de llorar y volar de ese lugar.

—Bien, señorita, es asunto de arreglar lo que no luce bien, de limpiar la mugre y despachar el desperdicio. Usted no vio que algo semejante había de encontrar hace un par de años en la entrada de la iglesia de San Francisco.

La joven se marchó con el papá o como padre que la acompañaba; este la increpó:

—No te asustes, aprende a ver la soledad y la muerte y lo que no es *made in usa*.

El otro, el caballero de la corbata azul y el prendedor insistió:

—Y saber que se está quedando sin un iluminado ser que busque alegrar al visitante y limpiar la mugre y la laca, de tanto “hijueputa”. —Lo dijo comiéndose la palabra, a la vez que veía un cerdo asado con el hocico abierto y una piedra en medio.

“Una piedra que sería lo último que tuviera en su hocico, antes o después de que le cayera el cuchillo en pleno corazón”, pensó el ilustre siervo y devoto del Corazón de Jesús y de la Sagrada Eucaristía, la misma que está expuesta al público devoto en la catedral.

Pasó por El madrileño, donde acostumbra a beber su café de la tarde, los lunes y los viernes, no más días para ese lugar, hay otros que frecuenta para dar variedad a su vida de jubilado del ejército.

Si voy con una pistola silenciada, pensó, y se dio respuesta, te pueden ver y localizar por el humo y la candela, y eso no has de querer, además te has de dar cuenta que lo que buscas es no acabar del todo sino hacer que sufra y se retire, si se les consume del todo, como al de la iglesia de San Pacho no vale, se va él y



vuelve otro, que quede él mismo pero herido y que los otros que quieran seguirle las pisadas que se atengan a las consecuencias. Y no me vengan que es locura acabar con la miseria de este modo. A ver si me vienen con otra medida más justa y efectiva, a ver.

Cruza el parque de los ancianos y los delirios de la edad, piensa, y algunos conocidos a la distancia le hacen reverencia. Saben que se encamina a la salutación de la hostia.

Y si grita adolorido y la policía me coge y me indaga, diré que se equivocan. Porque mis guantes cuidarán de que no queden huellas, ni un solo rastro, caracho. No, claro que no, y no va a dar paso atrás, eso sería ir contra su corriente de años como militar y del cuerpo de infantería, en el Oro, para que lo sepan, y si no, que vean mis medallas, aposentadas en hilera sobre el velador y en la mesa de la despensa.

La hostia suntuosa relumbra en su color albo, en medio del oro de la custodia, labrado oro de años de mantenerse a la sombra de los armarios eclesiásticos, del padre Isidro Carranza, del padre y reverendo Rogelio Icaza, y por cierto, de Venustiano de la Salutación Falconí. Su casi hermano de la misma provincia del Carchi.

En el relojero mantiene su reloj. Consulta la hora, las tres y media, ya no más salen del trabajo, hay que pausarse, dice. Se santigua como quien se va con la bendición a la faena para la que había salido esta tarde de Carnaval.

A él no le concierne el agua de los salvajes. Que echen a los suyos como ellos. Él no teme, y menos que lo cojan *in fraganti*.

Al salir de la iglesia se dirige al cometido. El carromato no está, es que le han hecho una jugada; cómo puede haber desaparecido, haber ido a otro sitio de la ciudad precisamente ahora que iba a poner punto final a esa sarta de mentiras y de mendicidad. Desde que la señorita se asustó de uno de nuestros hermanos, mejor que se vaya, aunque no es del todo, ese dilapidado ser, ¿mi hermano? ¿Por dónde?, por el Señor, carajo, se repitió.

Bajó la calle hasta el parque; había una niña llevando el carromato del inválido o de lo que fuese ese individuo que no podía sino yacer, y ni mover un ojo, no lo veía por el maldito aparato de las gafas ahumadas. Y los trapos que lo hundían en su miseria y podredumbre, quién le puede limpiar al desgraciado, y pensó: a mí quién me limpiará cuando me muera, peor, o como este inválido, no por nada sino por los años, sabes que te verás inválido y arrojado por el mundo cuando ya no puedas servirte de nada y nada te sirva ya, porque los años te han arrojado el último hueso de la soledad y el abandono y el olvido; a este si quiera hay una niña hermosa que lo ha llevado a que refresque los labios y el gusto con un helado, de cono, del que con una cucharita le lleva el contenido, muy poco a poco a los labios,

o como labios del individuo o rata viva y escondida, que asustó a esa rubia.

—Es mi padre —dijo la niña, que no llegaba a los ocho años, y que como no tenía clases ese día por el Carnaval vino a llevar a su padre, que antes de salir de la zona quería una gotita de helado de paila, de mora.

—Sí señor, de mora, dile —dijo el hombre hundido detrás de las gafas que parecían la noche.

Sacó un par de monedas, y se marchó abriendo el periódico luego de palpar el bolsillo interior de la leva.



## *Jorge Dávila Vázquez*

*(Cuenca, 1947)*

Doctor en Filología por la Universidad de Cuenca. Narrador, poeta, dramaturgo, catedrático universitario, crítico literario y de arte. Entre sus principales obras: *María Joaquina en la vida y en la muerte* (novela) y *Este mundo es el camino* (cuentos, Premio Aurelio Espinosa Pólit 1976 y 1980); *Los tiempos del olvido* (cuentos, premio CCE, 1977); *Con gusto a muerte* y *Espejo Roto* (teatro, premio CCE, 1990); *De rumores y sombras* (novelas cortas, 1991);

*Cuentos breves y fantásticos y Acerca de los ángeles* (1995); *César Dávila Andrade, combate poético y suicidio* (ensayo, 1998); *La vida secreta* (novela breve) y *Memoria de la poesía* (lírica, 1999); *Piripipao* (novela breve, 2000, reeditada en 2013); *Historias para volar*, (segunda edición, 2012); *Entrañables, Libro de los sueños* (Premio Joaquín Gallegos Lara) y *Arte de la brevedad*, (cuentos, 2001); *Río de la memoria* (poesía, 2004 y 2005); *Minimalia, cien historias cortas* (2005) y *Árbol aéreo* (lírica, segunda edición, 2013); *Temblor de la palabra* (antología de lírica, 2009); *Diccionario Inocente* (poesía infantil, 2009); *Sinfonía de la ciudad amada* (libro-poema, 1ª.Ed. 2010; 2ª 2012); *La oveja distinta y otros cuentos* (Premio César Dávila Andrade, Minist. Cultura, 2010); *Danza de fantasmas* (narraciones, 2011); *El sueño y la lluvia* (novela, 2011); *La diminuta voz* (poesía para niños, 2012); *Jardín Nocturno* (poesía, 2012); Ourense, España. Textos suyos han sido traducidos a varios idiomas, Actualmente colabora en *El Mercurio* de Cuenca y *Diario Hoy* de Quito.

## DE UNA ROSA

---

Recuerdo que aquel año pasábamos vacaciones en la Costa. El mar batía la playa, allí, cerca de las cabañas que la señora Meyer había construido para arrendarlas a las pálidas familias de la Sierra que venían en pos de un poco de sol, y que se encontraban con el frío glacial de agosto y septiembre, con uno que otro día soleado y semanas de un tiempo de perros, como decía papá, lleno de niebla, viento y hasta de una llovizna finita que nos ponía a todos de mal humor.

Por la noche, nos reuníamos, a veces, en la gran sala de la señora Meyer. Alguien tocaba el piano. Unos grupos de huéspedes jugaban cartas. Las señoras mayores tejían y conversaban sobre las vacaciones de otra época, y se reían al evocar a sus madres, tías y abuelas, cubiertas por amplios sombreros, que venían de Europa o de Estados Unidos, y protegidas, por densos velos, del sol, del viento, de las miradas impertinentes; de todo.

—Cuando alguna se metía al mar —comentaba una voz—, era todo un espectáculo, con su largo camisón que se pegaba al cuerpo y volvía aún más insinuante su figura; que recordaba ciertas estatuas de la antigüedad a las que se conocía como de las túnicas mojadas.

—Pero ahora la cosa es de un descaro total —se quejaba otra voz—, ¿para qué ponerse esas prendas mínimas, que muestran más que ocultan?

—La juventud es así —afirmaba una tercera—, no tiene mucha cabeza. Pero no hay que olvidarse de que todas fuimos jóvenes.

—Sí, pero no andábamos por ahí, semidesnudas, en medio del frío.

—Nuestras madres no lo hubieran permitido —remataba una cuarta.

—No, por supuesto que no —decían todas a coro.

Una noche vinieron a visitar a la señora Meyer, un pianista y una cantante, que luego de un concierto en el casino de la autoridad portuaria, decidieron quedarse unos días en un pequeño hotel de la playa.

Él era un hombre menudito, dueño de unas largas manos que volaban sobre las teclas del piano y que extraían del viejo instrumento de la dueña de casa, insospechadas melodías.

Ella, gorda, expresiva, hermosa en su juventud, poseía una voz que emocionaba a los mayores y causaba risa a casi todos los más jóvenes.

Y digo casi, porque nuestra prima Mireya, que acababa de divorciarse, a sus diecinueve años, y que vino a pasar cerca de nosotros una temporada de frialdad playera, “en busca de cura para su desgarrado corazón” —como dijera alguna de las ancianas del grupo vacacionante—, nos convenció a dos o tres de los menos bullangueros, que escuchásemos a la señora Boursellier, porque no tendríamos muchas oportunidades parecidas. Nos habló de su celebridad, de sus conciertos y sus discos, con admirable conocimiento, y seducidos por la convicción con que decía las cosas, nos quedamos a oírla, mientras los rebeldes salían a pasear en la orilla, a la luz de la luna; y los fatigados por el juego diurno y las caminatas iban en pos de sus literas en las diversas cabañas.

Madame Boursellier cantó una serie de piezas que nos llamaron la atención por los sonidos tan extraños que salían de su garganta, más que por otras cualidades, pues de músicos no teníamos nada.

Luego de seis o siete canciones, ella dijo en un español pésimo, que no quería terminar sin ofrecernos algunas piezas de las *Noches de estío* de Berlioz, ciclo que, como todos sabían —“nosotros no”, cuchicheó el primo Anselmo—, se basaba en poemas de Gautier. —“Y ese, quién es”, volvió a comentar el muchacho—, y fue silenciosamente reprendido por el gesto y la mirada de Mireya.



Pese a que no nos convencía mucho la cantante, las tres obras que interpretó nos gustaron, sobre todo la última.

—Es *El Espectro de la rosa* —dijo la señora Meyer, con aire de gran concedora—. ¡Una hermosa canción! —y, en medio de aplausos, entregó a la artista un ramo de menudas rosas, que tomó de un jarrón que estaba sobre el piano.

—¡Y qué bella letra! —observó Mireya.

—¿La ha entendido usted? —preguntó la cantante.

—Algo, pero mi profesor de francés nos hacía recitar esta historia de una muchacha que vuelve del baile y a la que se le aparece el espectro de la rosa.

—*Je suis le spectre d'une rose, que tu portais hier au bal* —recitó la señora Meyer. Se hizo un breve silencio.

—Todas las rosas tienen un espectro —afirmó Mireya.

—¿Usted cree? —interrogó la cantante.

—Por supuesto —aseguró nuestra prima, con esa pasión suya por las cosas de arte.

Hubo reacciones de todo tipo, desde las risitas juveniles, hasta los susurros escépticos de las señoras mayores.

—Todo eso es poesía —concluyó la señora Meyer—, nada más que poesía.

Luego, la conversación derivó hacia la imposibilidad de traducir literalmente y con ritmo la frase *que tu portais hier au bal*.

—“Que tú llevabas ayer en el baile”, suena feo, sin melodía —y se dieron, entre todos, a proponer varias opciones, pero ninguna pareció convencerles.

Finalmente, la señora Meyer recordó que se había creado un ballet para el gran Nijinsky (“¿Y quién diablos es el gran Nijinsky?”, preguntó Anselmo entre dientes. “En su tiempo el más grande bailarín del mundo”, repuso, en voz baja, pero solemne, la joven divorciada, como algunas señoras mayores llamaban a nuestra prima).

—Se mantiene el tema, pero con otra música —observó el pianista, que no había abierto la boca en toda la noche.

—Una lástima —se quejó la señora Meyer.

—Perdóneme querida, yo sé que usted conoce mucho de música — afirmó el pianista, en un español perfecto, pese a ciertos guturalismos, y los mayores se miraron entre ellos, como diciendo: “Ves, yo te había dicho que esta mujer no era, simplemente, la dueña de un alojamiento playero” —; pero créame, nuestro gran Berlioz no está hecho para las piruetas de la danza, se necesitaba algo más dinámico, más ágil, másailable. Digamos, von Weber (“hasta que nos salió otro de nombrecito raro”, comentó Anselmo, pero ya Mireya estaba cansada de las correcciones).

—De acuerdo —aceptó la señora Meyer—, pero cada vez que he visto *El espectro*, pienso en Berlioz.

—¿Lo ha visto aquí, en este país? —preguntó con cierta incredulidad la cantante.

—No, no, por supuesto que no. Pero parece que Ana Pavlova (“Y esta Anita”, interrogó Anselmo. “Era una bailarina extraordinaria”, susurró, secamente, la prima), de gira, ciertamente, de paso, lo interpretó unos años antes de llegar nosotros.

—¿La Pavlova?

—Sí, ella estuvo acá.

—*Mon Dieu!* —exclamó la cantante.

—Sí, querida, usted no es la primera gran artista que pisa este país —había algo en la voz de la señora Meyer que hacía pensar en una cierta sorna.

—Bueno, ustedes me perdonarán, pero debo retirarme —se excusó Mireya, y comenzó a despedirse.

—¿Debe ir muy lejos? —se inquietó la cantante.

—Oh, no —sonrió Mireya—, estoy en la tercera cabina, de aquí unos cuarenta metros —y reinició las despedidas.

—Para usted —dijo afectuosamente la soprano, y le entregó una pequeña rosa—. Espero que tenga un espectro que la acompañe.

—Seguro que sí, madame —agradeció la joven divorciada, con una ligera venia. Salió y la vimos alejarse.

—Una muchacha encantadora —observó el pianista—. Pero ya no está sola.

—No —dijimos todos a coro.

De pronto, como salida de la nada, una figura casi inmaterial caminaba dialogando amistosamente con ella.

—Se diría que es *le spectre d' une rose...* —susurró la cantante.

Y nadie añadió una palabra más.



## *Aminta Buenaño Rugel*

*(Santa Lucía, Guayas, 1958)*

Actualmente es Embajadora del Ecuador en España. Maestra universitaria, comunicadora social y asambleísta nacional. Participó en la redacción de la Constitución del Ecuador del año 2008. Su vida se desarrolla entre el activismo social y la literatura. Ha publicado los libros de cuentos: *La mansión de los sueños*, *La otra piel*, *Mujeres divinas* y *Virgen de medianoche*. En periodismo literario ha publicado: “El discreto encanto de lo cotidiano” y “Declaración de amor a Guayaquil”. Sus relatos han sido traducidos al italiano, inglés y francés.

Figura en antologías ecuatorianas y extranjeras. Ganó el I Premio Internacional de Cuentos Jauja de Valladolid con *Mamaisaura* en 1979 y en el mismo año obtuvo el segundo lugar en el Concurso Ciudad de San Sebastián, España. En Ecuador ha merecido el Premio Nacional de Cuento Diario El Tiempo (1978) y el segundo lugar del Premio Nacional Diario El Universo (1992). Su novela *Si tú mueres primero* quedó finalista en el Concurso Internacional de Novela Ciudad de Badajoz, España (2009).

[amintabuenanio@gmail.com](mailto:amintabuenanio@gmail.com)

## LA GATA

---

*A Ulbita Reyes F.*

Ella había cumplido sus años, nunca jamás los decía y se había propuesto no envejecer. Pero en realidad lo que más tenía miedo era a morir, pero tampoco lo decía.

Andaba por su enorme casa con la farmacia entera acuestas. Muy de mañana tomaba la vitamina C contra la gripe, la E contra la vejez, la omega tres contra la arteriosclerosis, la licetina de soya para el cerebro, las flores de Bach para los nervios, el calcio para los huesos, el fiotón para la memoria, el ginsen para la fuerza, la salvia para la feminidad, los antioxidantes para combatir los radicales libres, y, por si acaso, por si algo se olvidaba, terminaba apurando un multivitamínico que le había traído una amiga que compraba mercaderías en Miami. Para la consolación del alma tenía una estampita en la

cartera con la oración de la Madre Dolorosa, un talismán en la chequera para la prosperidad y para el mal de ojos lucía una pulsera rojo escarlata en la mano izquierda.

Había pintado las habitaciones de colores pasteles, ponía macetas de flores en todos los rincones, quemaba aromáticos inciensos de sándalo y canela para la serenidad, prendía velas contra los malos espíritus, y de las paredes de su casa colgaban cuadros con máximas famosas, frases luminosas y sabias que la animaban a mirar siempre adelante, a no dejarse derrotar, a pensar siempre positivo y seguir el sendero de la iluminación; en una palabra buscaba, ansiaba, desesperaba por tener una esperanza, por conseguir el elixir de la juventud eterna, la puerta sagrada a la inmortalidad con la protección de un ejército de esbeltos arcángeles rubios a quienes veneraba y de quienes —merced a una torre de libros de espiritualidad y autosuperación que compraba y coleccionaba quincenalmente—, conocía exactamente sus nombres, oficios y encargos, para reclamarles o exigirles con fundamento.

Tenía un terrible miedo a la indecencia de la decrepitud. El día en que esté muy vieja me mato, le había asegurado a una amiga mayor que ella y esta se le había quedado mirando con un poco de lástima y tristeza,



mientras apuraba el café y escarbaba con desgano el *cheecake* de frutilla que ella había despreciado.

Cuando llegaba del trabajo, después de merendar la ensalada de lechuga y otros vegetales para no engordar, el yogur natural para mejorar la digestión y los ocho vasos de agua para conservar la piel lisa y radiante solía mirar la televisión junto a su gorda gata siamesa de color caramelo que dormitaba a su lado; a la que amaba tanto como a ella misma. Era su hija, su pasión, el punto y coma de su amor.

A ella, solo a su gata, le toleraba que le despeinase el hongo precioso de su melena tinturada de un color rubio cenizo mediano por el estilista afeminado que le confiaba entre hipos y ayes sus penas mientras pasaba el secador por sus cabellos húmedos y le incendiaba las orejas.

A ella, a su gata, le contaba sus miedos y tristezas, los días en que le habían ocurrido cosas por no haber salido de la cama con el pie derecho, las infamias de su jefe en el trabajo, las mentiras y pequeñas perfidias de sus amigas, sus nostalgias de antiguos amores y especialmente, su miedo, su terrible miedo, su monstruoso miedo por el futuro.

A ella, solo a ella, confiaba la vergüenza de sus libras de más, los rollitos que había observado crecer alrededor de la cintura y la celulitis que avanzaba como plaga

de langostas sobre sus bien cuidadas y largas piernas. A ella le confesaba el horror de la soledad y la depresión que se erguía como una nube oscura amenazando la longitud de sus fines de semana. Solo a ella. Por eso no soportó, no pudo soportar el día en que mataron a su gata.

Ese día ella le puso la leche, como de costumbre, muy temprano por la mañana, mientras acariciaba su brillante pelaje. Luego toleró que, mientras se colocaba el uniforme oscuro y apuraba la tacita de café azucarado con edulcorante, la gata se refocilara entre sus piernas enfundadas en medias *nylon* color carne.

Observó algo extraño en la actitud de la gata, normalmente cuando le servía se acercaba, sensual y prosuda, olisqueaba un poco, como desconfiada, antes de acometer sobre el plato. Pero ahora parecía que deseaba estar un poco más cerca de ella, como que sus grandes ojos azules querían expresarle algo, contarle algo inesperado que no alcanzaba a comprender. Como estaba atrasada la hizo a un lado, cerró atentamente la puerta del departamento, aseguró con doble llave la chapa y se fue al trabajo.

A las tres de la tarde sintió una opresión en el pecho y creyó que le iba a dar un ataque al corazón. Pero el dolor del corazón se siente en el brazo izquierdo, la tranquilizó su amiga María en la oficina.

Más tarde, cuando fue a beber un poco de agua, tuvo ganas de vomitar. A las cuatro y media, la médica del trabajo le recetó unas pastillas para el estrés y la envió a la casa.

A medida que se iba acercando una nube negra, un dolor en la boca del estómago, un frío inusitado en las palmas de la mano la atormentaron. El pecho, las sienes, le martillaban mientras se acercaba, como si resucitaran las antiguas jaquecas. Se extrañó de no escuchar el leve maullido con que la gata la recibía cuando escuchaba el giro de la llave sobre la puerta. La empezó a llamar con los gemidos y cariños con que solían comunicarse; a buscar debajo de la cama, atrás del refrigerador, en medio de los libros, por último se le ocurrió mirar hacia el balcón. Al lado de un cactus vela, exactamente en el ángulo en que el sol caía, su gata yacía larga y estirada como un objeto inerte, con la rigidez seca de una flor disecada, mirándola con sus grandes ojos vidriosos y azules, mientras en su hocico aún quedaban restos de un vómito verde y oscuro. No supo qué hacer, creyó enloquecer, los ojos de su gata parecían implorarle que la salvaran de la muerte, parecían no comprender el abismo que se abría entre el hoy y el mañana.

No fue a trabajar el día siguiente, ni después, ni el otro.

Cuando su amiga María la visitó porque había faltado al trabajo más de una semana y no respondía al

teléfono, no la encontró a ella, sino a otra, a una vieja de cabellos secos y quebradizos, ojeras profundas, piel arrugada y marchita que le informó con voz inaudible que hacía una semana habían envenenado a su gata y que la estaba velando.

## EL VAMPIRO

---

*A Valentina, por Rafael Andrés*

Había brotado de su blusa un seno como globo inflado, en la punta coronaba una deliciosa cereza oscura que una boca chupaba entusiasmada. La mujer lo miró y sus ojos fueron como rayos de sol cálidos sobre esa calva redonda que se apretaba suavemente sobre su pecho pero con la suficiente fuerza para eclipsarla, para aniquilarla si era preciso. Tanta era su urgencia, su apetito, su deseo.

La imagen que ella ofrecía era de un cierto desvalimiento, sentada allí, en el sofá, las piernas levemente abiertas sobre una falda medio recogida por el calor, los brazos acariciando ese cuerpo que se hincaba sobre su pecho con la ferocidad de un troglodita, como un conquistador empuña la espada para defender lo que es suyo, lo que le pertenece.

Ella volvió a mirarlo amorosa y entreabrió los labios, humedeció lenta un dedo en su boca entreabierta y con él le fue alisando las cejas, la frente, el perfil de la nariz.

Respiró entrecortadamente, sentía placer y sentía dolor, pero a él no le importaba, iba a lo suyo, era así siempre, directo, irracional, animal. Lo quería todo para sí.

Una vez su cuerpo se hinchó, su pecho incluso sangró pero a él no le importó. Él tomaba de ella lo que le apetecía como si ella fuese un objeto y luego se quedaba dormido y al día siguiente igual y al otro, igual.

Lo que era peor era el grado de posesión que él ejercía sobre ella, tirano implacable, la tenía sometida, sujeta por un invisible cordón de autoridad. Ella no podía salir, ir a pasear, ser libre porque era su esclava, siempre presta a complacer sus más caprichosos deseos. Sin embargo, a ella le era imposible guardarle rencor, lo amaba tanto que hasta podía darle su vida, incluso reparaba que hasta su libertad se la entregaba con cierta alegría, que era un poco cómplice de su enorme egoísmo.

Esa relación la había vuelto lo que nunca había sido: masoquista.

La boca seguía mordiendo sus senos con fruición, bebiéndola a ella entera, chupando todos los lirios de su cuerpo y a ella la recorría ahora una punzada de dolor como si sus fuentes hubieran quedado definitivamente exhaustas.

Volvió a recordar el primer encuentro, cuando lo vio por primera vez, ese amor a primera vista, ese temblor de su cuerpo, ese dolor al sentirse definitivamente mujer, esa emoción que aún los mantenía atados, y empezó a conmoverse.

Bajó los ojos buscando su rostro para besarlo agradecida; pero, otra vez, se había quedado profundamente dormido.

La mujer se puso de pie y delicadamente fue a acostar a su bebé en la cuna.



## *Oswaldo Encalada Vásquez*

*(Cañar, 1955)*

Doctor en Filología por la Universidad de Cuenca, profesor de la Universidad del Azuay. Escritor, crítico y ensayista. Miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua. Premio Fray Vicente Solano, otorgado por la municipalidad de Cuenca. Menciones en concursos literarios. Trabajos suyos han sido recogidos en algunas antologías. Entre sus más de veintiocho libros se encuentran: *Diccionario de toponimia ecuatoriana* (cinco tomos, Cuenca, CIDAP/Universidad del Azuay, 2002); *Bestiario razonado & Historia natural* (Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2002, 2a. ed., Quito, Radmandí, 2005); *Dic-*



*cionario de la artesanía ecuatoriana* (Cuenca, CIDAP, 2003); *Palabra derramada, breve antología personal* (Cuenca, Universidad de Cuenca, 2004); *El jurupi encantado* (Quito, Radmandí, 2004); *La fiesta popular en el Ecuador* (Cuenca, CIDAP, 2005); *Diccionario de la vista gorda* (Quito, El Ángel Editor, 2007); *Naturaleza, lengua y cultura en el Ecuador* (Quito, Corporación Editora Nacional, 2007); *La casita de nuez* (Quito, El Conejo, 2007); *Lengua y folclor* (Cuenca, CIDAP, 2008); *Artrología* (Quito, CONESUP/Universidad del Azuay, 2009); *Mitología ecuatoriana* (Quito, Corporación Editora Nacional, 2010); *El milizho* (Santillana, Quito, 2010. Premio Darío Guevara Mayorga, 2010); *Gabichuela y el país de los estornudos* (Santillana, Quito, 2010); *Los pergaminos de Jarislandia* (Editorial Norma, Quito, 2011); *Regionalismo, lengua y contrastes* (Corporación Editora Nacional, Quito, 2011).

[osencava@uazuay.edu.ec](mailto:osencava@uazuay.edu.ec)

[osencavas@hotmail.com](mailto:osencavas@hotmail.com)

## EL GALLO

---

—¿Verdad que no durmió? —Me dijo Victor, muy sonriente.

La pregunta era inusual. Cuando hay invitados en casa, el anfitrión suele averiguar si uno ha dormido bien, si ha descansado.

—O muy poco o nada ¿No es verdad?

Tuve que admitir que era así, que había dormido muy poco, y todo había sido por culpa del maldito gallo en el cual yo no creía.

—Ahora va a verlo —me dijo.

Y me pidió que lo acompañara a la parte posterior de la casa. Rodeamos la vieja construcción y llegamos a un pequeño cobertizo. La puerta estaba entornada, con la suficiente abertura para que el resto de las aves pudiera entrar o salir libremente.

—Está así para evitar que entre mucha claridad —explicó Victor—. Le haría daño.

Las otras aves: gallos, gallinas y pollos vagaban por el patio, escarbando y buscando comida.

Franqueamos la puerta desvencijada y entramos en la penumbra del gallinero. Sobre un palo, a una distancia de un metro aproximadamente se encontraba el gallo que había cantado toda la noche. Me acerqué. Estaba dormido y pareció no despertarlo nuestra presencia.

—Por supuesto —dijo Victor—. Es que es un gallo, uno como cualquiera, con la única diferencia que es albino. No tolera la luz y se levanta al oscurecer. Canta la llegada de las estrellas y la luna. Cuando muera lo comeremos en una noche, para respetar la simpatía que su carne guarda con las sobras.

## CRISÁLIDA

---

De alguna forma, a través de los caminos más tortuosos y entre las sombras que se engendran en la noche, el hombre pudo llegar a una suerte de conciencia. Se despertó con la levísima molestia en la boca. Comprendió que había algo pegado en la lengua, y que sobresalía por entre los labios. Pensó en un largo cabello de mujer; pero recordó que su lecho era el de un solitario. Luego resolvió que podría ser un hilo de las sábanas. Levantó la mano derecha y la guio hasta la comisura. Palpó por instantes hasta encontrar la hebra. La tomó y comenzó a tirar de ella para extraerla. Sintió el deslizamiento en medio de la lengua. Pensó que eso sería todo; pero su brazo y su mano continuaron halando. Comprendió que el hilo venía desde la garganta, luego, que venía desde mayor profundidad.

Seguramente ya había más de un metro de hilo fuera del cuerpo, y el hombre continuó tirando de él. Se volvía interminable. Después de algunos minutos comprobó que al costado de la cama se había acumulado un apreciable montón de hilo. Continuó un tiempo más, hasta que sintió que ya su cuerpo, desde la cintura para abajo, se había deshecho como una prenda que se desteje.

Ya sin sorpresa continuó halándolo. Sentía que el hilo le hacía un agradable cosquilleo en la comisura derecha. La sensación de vacío llegaba ya al estómago.



*Ruth Patricia Rodríguez Serrano*  
(Ecuador, 1966)

Escritora y catedrática universitaria (Universidad San Francisco de Quito). Ganadora de dos concursos nacionales de cuento infantil (Círculo de Lectores) y de cuento juvenil (Pablo Palacio). Representante del Ecuador ante la Asamblea Mundial de Jóvenes Artistas por la Paz, en la República de Bulgaria. Miembro del Taller de Literatura Pablo Palacio y de la Sociedad Ecuatoriana de Escritores. Algunos de sus cuentos han sido traducidos al búlgaro y publicados en varias revistas literarias del país. Su obra ha sido considerada en varias antologías de cuento y poesía nacionales e internacionales. En 2005 obtuvo la Condecoración Pablo

Palacio al Mérito Literario, otorgada por el Consejo Provincial de Loja. Entre sus obras se cuentan: *Algo más que un sueño* (1978, cuento); *Desde el barro azul* (1988, prosa poética y cuento); *El balcón de los colores* (1990, cuento); *Lengua de siervo* (Poesía); *Al filo de Clepsidra* (1995, novela); *Deseábulos* (1998, libro colectivo de la Red Cultural Imaginar); *Impúdica* (2007, poesía); *Escribir es Formidable* (2008, texto de estudio para el área de composición escrita); *Putas de Cristal* (2010); *La certeza de los presagios* (2011, libro colectivo de cuentos de algunas escritoras ecuatorianas); *El mar en mí* (poesía, 2012).

[rprodriguezserrano@gmail.com](mailto:rprodriguezserrano@gmail.com)

## LÓGICA DE BALTASAR

---

Habla solo en medio de la calle, tiene las piernas mutiladas y ríe cuando los conductores le echan monedas. Los voceadores de periódicos lo conocen bien, dicen que se llama Baltasar y que vive muy lejos de su esquina de trabajo. El mendigo negro no se da cuenta que mendiga; piensa que es normal recibir dinero de los conductores. Tampoco se inmuta frente a las miradas desviadas de quienes se avergüenzan al verlo, porque la risa de Baltasar humilla, es casi una afrenta al sentido común pues lo que menos se espera es que un pobre pueda reír. Melchor, quien está cansado de vender loterías y revistas, piensa que su amigo está loco, de lo contrario no se burlaría de tantos seres irreales que parecen merodear su diestra y siniestra e insistirle sobre algo que él acaba por refutar a carcajadas.



Hace pocos días, una institución de beneficencia pretendió recoger y salvar de una vez y para siempre a Baltasar, le pidieron papeles y él les entregó a cambio un libro de lógica que curiosamente le estaba molestando debajo de la axila. No, no queremos libros, queremos papeles, cédula de identidad, partida de bautizo, libreta militar..., ¿me entiende, señor? Ah, pues, claro que tengo, en el bolsillo trasero, solo que estoy sudado, sabe, así que tendrá que disculpar los trazados húmedos de mi fotografía. Baltasar Homero Tomalá Alegre, treinta y tres años, nacido un veinticuatro de diciembre bajo las luces perezosas de Chone, Manabí, pueblo de perros vagabundos que ladran asustados por el polvo que levantan los fantasmas.

—Sí, je, je, como ve, nací en Navidad, je, je, soy un hombre de suerte. Ahora déjeme en paz, que mal no estoy, je, je. Mire, si quiere pregunte a mis vecinos, ellos saben mi historia.

Gaspar, el mudo que vive de la venta de fundas de basura, alza la mano para dar de ello testimonio. En su mirada clama la verdad. Yo lo conozco parece decir; pero no les puedo contar ni media palabra. A lo mejor podría escribirlo, si me lo permiten. Saben, yo estudié hasta la mitad del primer año de universidad, les dice en señas, pero nadie lo entiende.

A la tarde, cuando el peligro ha pasado y Baltasar sigue en medio de la calle, libre, Gaspar comienza a

escribir la historia sobre los márgenes de un diario no vendido que Melchor ha dejado olvidado en el *parterre*:

Si le cuento que allá, en ese pueblo, siendo época de Navidad, la cantidad de fantasmas aumenta... Estos van en busca de la tibieza que da ilusión de hogar y que permite, aunque sea de forma pasajera, ser dueños de alguna realidad. A los fantasmas les interesa vivir, es sin duda su único y más tormentoso objetivo, y qué mejor si lo pueden hacer a través de la imaginación que derrochan los hombres. Pero aquella vez, cuando Baltasar nació, la imaginación no era posible porque estaba instalada en las guirnaldas de luces que serpenteaban el contorno de las ventanas y en un pino seco, carente de estrella; la imaginación se había convertido en realidad, y aquel niño venía sin piernas, a aumentar el número de hijos hambrientos de una familia a punto de romperse.

—Ha nacido un niño partido por la mitad —comentaron los fantasmas a la salida de la misa de domingo.

—Sí, y es demasiado feo. Dicen que tiene un risco de nariz y una pronunciada quijada; que es parecido a Belcebú. Yo lo he visto: es peludo, de cola corta, lo único que le falta es que sea tonto. Como si fuera poco, la certeza de que los presagios de las ánimas son temibles se cumplió, pues Baltasar heredó de su tatarabuelo todo: la fealdad, la locura, dos muñones y aquella garrafal miopía que desde pequeño le hizo ver los objetos a su

modo, con increíble accesibilidad, hasta tal punto que no le era difícil subirse a los árboles o correr cien leguas hasta lograr descubrir la naturaleza de sus pies escondidos. Era tan reacio a utilizar lentes, que muy pronto logró encontrar en las sombras a verdaderos seres con quienes hablar de asuntos incomprensibles para la visión humana.

No se peinaba, su cabello era una fiesta de enredos encendidos por las chispas de su propia oscuridad, y su camisa, siempre de revés, se convertía en el sonrojo de las tías que evitaban su saludo en media calle. Tampoco le gustaba estar quieto, aunque sí, atender. Fue por esto que ninguna escuela soportó sus intempestivas salidas de la clase y Baltasar tuvo que conformarse con decenas de fugitivos profesores, que tarde o temprano le asestaban un golpe, desistiendo de su indomable curiosidad.

Cuando Baltasar cumplió los diez pensó: “ya sé lo suficiente para poder marcharme”, y se marchó, robándose un libro de lógica que hasta ahora trata de entender; tenía para entonces su cabeza repleta de ideas y el presentimiento de que aquel libro contenía los secretos de la felicidad. Ya sea en medio de un parque o debajo de los puentes, el pequeño mendigo aprendía a descifrar preceptos lógicos para obtener respuestas falsas o verdaderas a los problemas que le confería el mundo: si la lluvia que se confunde en el agua deja de ser fría, y yo

soy agua y llueve, entonces tengo la capacidad de soportarlo todo, incluso el frío y la lluvia, se decía.

Cuando Baltasar conoció el mar quiso dibujarlo y no encontró otro sitio para hacerlo que la arena. Vio el mar allá del mar y supo que el horizonte no era la muerte sino la creación. Con la brisa sobre el rostro, distinguió el soplo de sus fantasmas vivos: Khro, Shmra, Visvará y Gaudí. Con ellos va conversando y se detiene para indicarles con el índice sus implicaciones deductivas según sea el fenómeno. Baltasar tiene la convicción de que no hay nada más valioso que los relámpagos, los truenos y la vida, por eso no desperdicia el tiempo pensando en normas de conducta, simplemente hace lo que le gusta hacer; sus daños nunca han sido atroces, pero sus excentricidades le hicieron ganar un alias de loco y a la vez, le hicieron perder amigos que no eran amigos de verdad. Si la premisa antecedente, dice que un amigo es quien está contigo en todos los momentos, y la premisa consecuente supone que hay momentos de silencio, entonces un amigo puede soportar que no se hable; pero todos quieren hablar, decir tonterías, desperdiciar el silencio, y se van. La implicación lógica es simple: quien se va hablando no es un amigo.

Por eso Khro, Shmra, Visvará y Gaudí, aunque fantasmas, son amigos. Están para reírse cuando un pájaro

se defeca en la cabeza de un príncipe de piedra. Luego callan, hasta que de nuevo una hoja seca rompe la quietud del paisaje que se tiene al frente. ¿La viste? No, la agarré justo antes de que tope el suelo. ¿Quién dijo eso? ¿Fuiste tú Khro? Déjala ver. ¡Es una hoja, una hoja, una hoja!

En otra ocasión, Baltasar dijo: “Shmra ha venido a abrazarme y soy tan feliz”. Los demás se rieron:

—¿Abrazar a alguien como tú, que eres tan feo?

—Y..., ¿quién es Shmra...? ¿Existe acaso?

—Claro, cómo no va existir si me ha abrazado. También ustedes existen, me hablan.

—No, solo somos producto de tu ansiedad de silencio. ¿No te das cuenta que eres tú el que habla demás?, solo te callas cuando hablamos.

Baltasar se rio, se repitió: “ergo, me callo porque existen”.

Baltasar escucha música, baila; pero no tiene sonidos ni walkman de verdad. Es feliz cuando la gente le lanza monedas, piensa que es afortunado en entender la lógica de la simple felicidad y que esta cae del cielo. No se baña, no está enamorado. No sufre. Y las personas se sienten avergonzadas ante él por tener que aceptar sus formas imperfectas. Baltasar tiene el poder de bajar la mirada de los transeúntes. Baltasar es un dios que ríe y todos lo escuchan sin verlo.

Baltasar tiene ases en los bolsillos, son objetitos inútiles y desgastados que ha encontrado al azar: tornillos, cerrillas, hojas verdes, hojas secas, lápices enanos, mariposas muertas, reflejos, monedas, restos de huesos y hasta cauchos. Todos son como él: están echados a la suerte.

Baltasar pinta con su índice. Es un pájaro en el cielo del asfalto, y no es feo. ¿Cómo puede ser feo un pájaro? No lo admite, no se enoja, se ríe, a carcajadas.

A media noche, llegan los demás. Khro es un fantasma hablantín, de recocidos parches alrededor de su boca; Gaudí, un filibustero que se ingenia para ponerle la cara de mendigo y darle de comer; Visvará, el lógico serio y callado, que siempre sabe qué hacer y no se preocupa. Baltasar es feliz con esta clase de amigos. No importa que nadie los vea. Ver es una manifestación del sentido de la vista, si uno ve, ve lo que se manifiesta, por lo tanto lo que se manifiesta tiene sentido, él no está loco si los ve, razona Baltasar.

Los conductores lo ven asentir, piensan que él asiente ante los centavos. La verdad es que asiente ante lo bien que ha entendido de la vieja asignatura de lógica.

—Yo sé, señora, que usted no me cree. Yo sé que a usted le parecerá que estoy inventando porque no tengo nada más qué hacer, que vender fundas de basura

—me dice Gaspar—. Pero sepa usted que yo soy un mulato que lee. Ya ve cómo he podido contarle lo que sé de Baltasar. Puede fallarme mi “hortografía”, y sin embargo, le puedo asegurar que no me fallan las fuerzas para impedir que a mi amigo se lo lleven los psiquiatras. Si usted supiera que a Baltasar solo le gusta vivir a su manera..., y si yo lo supiera siempre como ahora que le escribo. Mire, un loco es libre, siempre es libre.

—Bueno, no es nada cuerdo aceptar que un vendedor de fundas de basura pueda escribir este cuento, pero se da. Nada puedo hacer para que sea diferente —le dijo desde afuera, queriendo entender su letra apretujada en los bordes del diario.

—¡Ah, sí que lo puede hacer! Nomás mírele a Melchor ondeando la revista *SoHo* hasta tal punto que a la mujer de la portada casi que se le vuelan los senos. Solo diga, más allá de mí, que soy uno de sus personajes, que Melchor logró vender esa revista.

—Melchor logró vender con éxito esa y todas las revistas.

—Gracias, aunque usted sabe que eso no se da. Usted me está ayudando a fantasear dentro de este cuento. Nos estamos dando un buen día. Hasta podríamos decir, que luego de esta magnánima venta, nos daremos un festín.

—Pues somos libres, podemos decir lo que sea.

—Todos los escritores son libres.

—Todos los locos son libres.

—Ergo: todos los escritores están locos —aduce Baltasar y se ríe.

—Oiga, su novio me compró una revista *SoHo* hoy —se burla de mí Melchor—. Sí, ese novio que no se aparecía desde hace tiempo. Ese mismo.

—Oiga Melchor, de cuándo a acá yo tengo que aceptar sus chismes —le reprocho.

Baltasar vuelve a reírse. Hoy ha ganado el doble que ayer y ha visto caer una pluma sobre un parabrisas. La vida es leve. Baltasar baila sobre el pavimento; pita, lo escuchamos, bajamos los ojos mientras adentro cenamos y comentamos las noticias.





## *Yanna Hadatty Mora*

*(Guayaquil, 1969)*

Narradora y crítica literaria ecuatoriana, reside en México desde 1992, donde es investigadora en la Universidad Nacional Autónoma de México. Tiene un libro de cuentos, *Quehaceres postergados* (Quito, El Conejo, 1998, reedición en 2005). Narraciones suyas aparecieron en la revista *Hispanamérica* (Maryland, 2000); y en varias antologías entre las que destacan *Cuentan las mujeres. Antología de narradoras ecuatorianas* (Quito, Editorial Seix Barral/Planeta, Biblioteca Breve, 2001); *La escritura invisible* (México, Verdehalago/ Instituto Michoacano de

Cultura, 2006); *Antología del siglo xx: cuento* (Mercedes Mafla y Javier Vásconez, Madrid, Alfaguara, 2009, Serie Letras del Ecuador), *Cuentos de migrantes* (Quito, Estación Sur, 2009). Ha sido traducida al portugués y antologada en Marisa Lajolo editora, *Nós e os outros, histórias de diferentes culturas*. São Paulo, Editorial Atica, 2000.

[yanhadmor@hotmail.com](mailto:yanhadmor@hotmail.com)

## DANIEL

---

Como esos artefactos trazados por Da Vinci, tan perfectos en sanguina sobre papel que prefiere uno mirarlos una vez y otra, e imaginarlos, antes que verlos contruidos y comprobar que algo falló en el mecanismo, el mundo veinticinco años atrás era la misma caldera del infierno que siempre, con unos cientos de válvulas de más, que hacían que fuera preferible dejar que estallara antes que ponerse a revisar cuál trebejo controlaba la salida del vapor, cuál la temperatura. Por eso a nadie interesó de manera especial averiguar que lo que aún lo sostenía hasta entonces, en precario equilibrio, era la última pureza.

Daniel tenía catorce años y un cuerpo que hacía estremecer al mismo viento. Había que pararse a contemplarlo durante las horas de deporte. No era preciso conocer de anatomía para anticiparse y quizá apostar

sobre seguro: en enero a más tardar cambiará la voz; en junio mojará las sábanas. El torso se le marcaba día con día. Una sombra tenue empezaba a teñirle la barba. Y hasta el pelo y las cejas se le tupían y le brillaban, azabaches. Los labios sonrosados parecían llenarse cuando se los mordía, nervioso, tratando de tapar un gol, o resolver una ecuación en la pizarra. Un chico tan delicado serviría bien de ayudante de Amor, cargador de sus saetas, quizá, posando para un lienzo prerrafaelita. Y en poco tiempo más, como Adonis. Por eso no podía seguir caminando impunemente mucho tiempo por los patios de la secundaria.

La directora del colegio se guarecía bajo un árbol de mango, impidiendo, al parecer, que los querubines del jardín de infantes lo despojaran de sus frutos y cayeran de ese modo en nuevo pecado original. En realidad se apostaba ahí por conocer que esa era la ruta del púber. De lunes a viernes lo esperaba pensando, a la sombra, en todas las tentaciones que se le alcanzaban a presentar en tres minutos, desde que veía asomarse a Daniel al doblar la esquina del patio hasta que desaparecía en el otro extremo. De acercársele algún maestro, ella torcería el ceño y los labios se le fruncirían en mueca adusta: estaba vigilando, diría, los movimientos del recreo. Y suspiraría disgustada porque más que dentro de los pantalones de mezclilla oscura, necesitaría ver a Daniel

y los demás mancebos de su generación con mallones bien enfundados, para discernir entre la rigidez pudorosa de una tela nueva y las curvadas formas de la naturaleza. Se cansaba de inventar pretextos para dejar sus clases o la dirección, y adentrarse a los vestidores de varones, donde los efebos se preparaban por igual para la gimnasia o la natación. Soñaba una cámara oculta, instalada, por decir algo, en las llaves de las duchas, pero, enrojecía sola, entonces no podría controlarse más y atacaría los pantalones de Daniel y Abel, de Romeo y Mercucio, con garras de halcón de cetrería, para tasar a gusto las piezas ofrecidas.

El calor de noviembre fue en todo caso el mayor responsable. Los muchachos se escaldaban con la mezclilla; las chicas, al rozar sus piernas bajo las faldas. La envidia inconfesada de unos y otras por la prenda ajena, los llevaría a mirarse, con especial interés, de la cintura para abajo, y a regresar luego la mirada, por comprender de cuánto calor sufrirían esos cuellos, pechos o vientres, bajo las blancas camisas y blusas.

Los troncos de los árboles recién talados y dispuestos en la hierba como juegos infantiles eran escenarios tan tentadores para retozar como los mismos pastos. Las oquedades del tronco bajo y de las raíces de los ceibos clamaban ser vientre generoso de posibles cópulas. Las iguanas corrían bajo las acacias, persiguiéndose unas a otras a

la hora de la monta, para esfumarse de repente y reaparecer por segundos en la fronda o la copa de cualquier árbol, bicéfalas, bicorpóreas, azoradas.

Era imposible ir y volver incólume, día con día, por una bebida y un bocado, en medio de una vegetación agreste contra la que peleaban lunes a lunes, buscando los caminos, tres jardineros vigorosos, machete en mano. Los senderos devorados, el pavimento reventando por la emergencia imparable de ramas y raíces, los salones de clase desapareciendo en medio de la selva, eran el peor agüero. Y los caramelos de frutilla teñían los de por sí carnosos labios de Daniel de un rojo irresistible, que invitaba a compañeros y compañeras a tropezarse con un cuerpo aún no muy ducho en el manejo de sus nuevas dimensiones.

La situación se volvió totalmente insostenible un martes en que las bugambilias le armaron una malla, y no lo dejaron regresar al salón de química. Ocupado como estaba en desenredarse y volver, no se fijó en que un grupo de niños del preescolar se detenía camino a clase de deporte, solo con los trajecitos de baño puestos, y lo cercaban. Las manitas regordetas y pegajosas que lo tocaron a la altura que llegaban, le llamaron la atención demasiado tarde: no alcanzó a defenderse. Se habían ido, y alguna mancha de helado sobre sus pantalones era la única prueba de que algo había ocurrido.

Fue entonces cuando las maestras de manualidades, expertas en tejidos, le armaron una ronda que lo hizo retroceder hasta quedar tan cubierto y enlazado de ramas como en un inicio. “¡Daniell!”, ululaba el ceibo, y sus copos impalpables caían como nube de deseo, a un lado y otro. Se preguntó de dónde salía la voz, pero con la tenacidad de quien arma un macramé de competencia, las mismas maestras trenzaron nueve ramas en torno de su tronco, en menos de un minuto. Su bochorno era tan enorme que ya ni siquiera podía reclamar.

Entonces fue cuando comenzó realmente la pérdida del candor: se acercaron sus compañeras a la salida de la clase de mecanografía. Las risas de las muchachas lo rodearon, y sin parar de reír le levantaron los brazos y le desabotonaron la ropa. Cerró los ojos con desesperación, sin saber que manos sabias le recorrían la nuca y las orejas. Se estremeció. Trató de concentrarse en la química inorgánica o la trigonometría, para olvidar cualquier sensación. Al parecer, funcionó: cuando entreabrió los ojos, las chicas se habían ido. Pero tuvo que cerrarlos nuevamente del todo, al ver que bajo un mango vecino la directora se acariciaba espíándolo, impúdica, junto a la sonrojada compañía de una tortuga galápagos.

Qué hacer. Oyó acercarse el redoble de un tamborín, y supo que sus compañeros junto con el maestro de deporte se

aprestaban a darle un repaso general a la marcha de la bandera. Pero eso fue hace dos meses, alcanzó a recordar, antes de aterrarse nuevamente, porque como si las ramas y hojas fueran una trampa de arena movediza, al tratar de escapar se había internado más en el árbol, y el follaje se cerraba y lo ocultaba en la oscuridad de su tronco. Ya no se oía el redoble, aunque sí, más cerca que nunca, los resoplidos que acompañaban los movimientos de paso de ganso de sus amigos: “¡De frente!, un-dos-tres-cuatro, ¡mar-!, dos-tres-cuatro”.

La pérdida del candor vino minutos después, con todos los padres de familia y autoridades del plantel presentes: desde la enramada alcanzaba a oír sus voces. Un cuerpo anónimo se acercó a su rueda y lo atenazó. El joven se sonrojó de pensar en la mirada lúbrica de los más cercanos, y se ocultó más con su pareja sin rostro en el lecho del ceibo. Fue su último sonrojo, la última mirada candorosa de su vida.

Fue por eso, a fines del ochenta y seis, cuando se inició el descalabro. El último grado de pureza de la Tierra se había perdido ese terrible martes.





## *Juan Pablo Castro*

*(Cuenca, 1971)*

Licenciado en Comunicación Social, Máster en Literatura, y candidato a Doctor en Literatura Latinoamericana. Realizó estudios de guión cinematográfico en Valencia, España. Sus artículos sobre cine y literatura han aparecido en las revistas *Diners*, *El Búho*, *La Casa*, *Caracola*, *Kipus*, *SoHo*, *Casa de las Américas*, y en algunos periódicos. Algunos de sus cuentos han sido publicados en las revistas *Casa de las Américas*, *Barcelona Review* y *Omnibús*. Es autor del poemario *El camino del gris*; las novelas: *Ortiz*, *La estética*

*de la gordura, La noche japonesa, Las niñas del alba, Carnívoro, Los años perdidos*; el libro de cuentos, *Miss Frankenstein*, el libro de teatro, *Los invitados* y del ensayo, *Las mujeres malas*. Desde los doce años reside en Quito.

[jpcastor@hotmail.com](mailto:jpcastor@hotmail.com)

## LA LECCIÓN

---

Desde que nació Luis —*Lucho*, como le decía su mamá una vez llegado a este mundo—, mostró un temperamento impetuoso, incontrolable. Era como si su espíritu no fuese humano sino animal. Su padre, al mirar su rostro, creyó que era obra del demonio. Es tu culpa, le dijo a su esposa. Los ojos del bebé eran delgados y amarillos como los de un gato, la nariz puntiaguda, de ratón, la boca: apenas una línea roja de carne, y los caninos (cosa completamente inusual en los recién nacidos que, igual que los viejos, tienen por boca una cavidad parecida a un molusco, sin rastro óseo), los caninos eran como dos reproducciones en miniatura de aquellos famosos dientes que consagraran la imagen del Conde Drácula. Su cuerpo, todavía envuelto en la ternura aromática de recién nacido, no obstante, ya mostraba las señales de lo que sería meses

después: piernas y brazos largos de fémur, tórax prolongado como una quilla. Y, aquello que más llamó la atención del aterrorizado padre, la cabellera lacia, plateada, alienígena. Pérfida, gritó a su mujer, y en la noche, con las ondas violáceas de la borrachera marcándole el rostro, se contuvo para no partirle la cara. Debería ir al hospital, pensaba, y meterle una paliza, tal vez marcarle la frente con una cruz al rojo vivo. Lloró. Era una noche de luna llena y, por unos segundos, con la piel crispada y un desconsuelo que le prensaba el alma, creyó que debía aullar. Pero no lo hizo. Tomó la vieja maleta de madera de sus tiempos de conscripción militar, la llenó con unas cuantas prendas, y, mientras en su cabeza se repetía la imagen de su hijo junto al seno generoso, mestizo de su mujer, pensó que quizá debía regresar al hospital. Bebió un sorbo más del aguardiente que llevaba en el bolsillo de su pantalón, y, de entre el cajón de la ropa interior de su mujer, extrajo la alcancía con forma de chanchito. Era el tesoro mayor de Rosa. Cada día, a pesar de los pocos ingresos que obtenía lavando ropa, se daba modos para depositar una moneda, o un billete, en el mejor de los casos. Ahorrar era su obsesión. Depositar metódicamente dinero le imprimía una dosis de esperanza. Era una forma de reafirmar la idea que el futuro, en efecto, podía ser mejor.

El día que comprobó su embarazo, luego de salir del hospital del Seguro Social, se dirigió hasta el mercado mayorista y escogió un chanchito de reluciente barro

barnizado. Al llegar a casa lo colocó junto a la imagen de la virgen María sobre un estante al lado del televisor y de varios afiches de divas de la tecnocumbia. Cuando su marido llegó le contó la noticia. Los dos celebraron el acontecimiento con un succulento pollo a la brasa que comieron en una fonda cercana a La Marín. Al llegar a casa —la única construcción apenas visible entre el follaje que crecía salvajemente sobre el apestoso río Machángara— miraron la telenovela de la noche y se durmieron enredados como dos serpientes.

Los meses de embarazo transcurrieron con relativa normalidad: Rosa lavando ropa de las familias de los militares del frente Eplicachima, y Washo dedicado de lleno a la construcción de uno de los tantos edificios que se alzaban en la zona de la Coruña. Aunque todavía no era maestro mayor, sus dotes como albañil le avizoraban un futuro prometedor. El único acontecimiento que rompía esa monótona pero feliz espera del primer vástago era el deseo frecuente, irreprimible de Rosa por comer carne cruda, sobre todo alas de pollo. Cada día, luego de la jornada laboral, Washo pasaba por el mercado y compraba una docena de alas. Rosa las devoraba sin remordimiento, masticando frenéticamente la fría piel, los músculos y cartílagos. Al final, apenas satisfecha, se limpiaba la boca con el dorso de la mano y se adormecía sobre la mesa del comedor.

Desde el río ascendía una onda caliginosa de nauseabundos olores: una pócima ácida de la que surgían

glóbulos dulzones y oleadas de toda la mierda que producían los habitantes de Quito. Sin embargo, Rosa y Washo habían logrado bloquear el sistema olfativo lo suficiente como para disimular la contaminación, de tal suerte que la vida fuese llevadera. Además, la casa — una suma de tablas y pedazos de zinc, plásticos y unos cuantos ladrillos, a los que Washo, gracias a su habilidad, había podido dotar de cierta armonía y seguridad— estaba levantada en un terreno que nadie quería y al que había accedido con la facilidad que permiten las invasiones. La casa estaba en un hueco del espacio. Nadie parecía conocerlo. Nadie quería mirar hacia el techo que relucía entre las matas de polvorosa vegetación.

Al principio, los olores del río, ascendiendo en espirales de calor, eran insoportables. Marido y mujer sufrían de mareos y náuseas. Sin embargo, poco a poco, empezaron a soportarlos. Rosa prendía incienso y sahumero y al menos dentro de la casucha la fetidez parecía disiparse.

Washo solía reunirse los domingos con algunos colegas para beber cerveza y jugar vóley. Esas tardes, con el sol crepitando en el cielo, Rosa se sentaba en una silla mecedora que su marido había rescatado de la basura, para mirar el cielo con los ojos adormilados. Se acariciaba la barriga, y pensaba en su hijo. Respiraba acompasadamente, mientras escuchaba el rumor del río: un

soporífero y constante murmullo quebradizo. Solamente cuando la tarde se crispaba en letanías brumosas, anuncios seguros de aguacero, regresaba a la cama, y prendía la televisión. De un día para otro, cerca del octavo mes de gestación, Rosa se dio cuenta que le era imposible continuar lavando pues la barriga, inmensa como un óvalo puntiagudo, le producía un intenso dolor en la cintura. Decidió que se quedaría en casa, esperando la llegada del primogénito: Luis debía llamarse, como el abuelo cariñoso al que recordaba con enorme amor.

Todo parecía resultar como lo habían planeado: tenían un techo seguro, ingresos frecuentes y, sobre todo, después de tanto tiempo de espera, la llegada del hijo. De hecho, el embarazo de Rosa, terminó por sofocar las bromas de los amigos de Washo que, cada vez y con mayor frecuencia, ponían en duda el vigor de su masculinidad. A la pareja, además, la presencia del feto creciendo en el útero de la mujer, le otorgó una cuota adicional de alegría. Y hasta pensaban en la mujercita, dos años más tarde. No obstante, el día del alumbramiento, luego de que Washo descubriera el pequeño monstruo que emergió del vientre de su mujer, las cosas cambiaron radicalmente: el padre, con los pocos ahorros de la alcancía y la seguridad de que su mujer era un ser infiel, demoníaco, desapareció para siempre, y la madre, a pesar de hallarse en la plenitud de su juventud, empezó a envejecer a ritmo

acelerado. Era como si el hijo, en cada chupón de sus senos, la secase por dentro. Debió doblar el consumo de alimentos ricos en proteínas para satisfacer las exigencias cada vez mayores de su hijo.

Al descubrir que su marido había huido, Rosa se sumergió en un pozo oscuro y silencioso. Llamó por teléfono a su hermano que vivía en Italia, y, después de contarle los acontecimientos —omitiendo las características físicas del Lucho, y acentuando la partida de Washo—, le rogó que le diera una mano. El hermano, conmovido con la historia de su hermana menor, le envió unos cuantos euros, pocos, pero lo suficiente como para que ella pudiera sostenerse en los primeros meses. Luego, con el niño envuelto en una manta y colgado sobre su espalda, retomó las jornadas agotadoras de lavado de ropa. Una de las esposas de los militares le dijo que necesitaba una empleada doméstica y ella, sin pensarlo dos veces, aceptó la oferta. Con ese sueldo, y las docenas de camisas y pantalones que lavaba en uno de los lavadores municipales, poco a poco, empezó a creer que el futuro podía ser mejor. Compró otra alcancía y, luego de agradecer a la virgen por todas sus bendiciones, puso unas cuantas monedas. Qué dichosa se sintió al escuchar el golpe menudo de las monedas cayendo al fondo del chanchito.



A pesar de la figura animal de su hijo, Rosa descubría cada día los dotes excepcionales de su Lucho. Aprendió a caminar antes de los seis meses, y a pesar de que sus piernas todavía estaban frágiles, el pequeño se daba modos para desplazarse de un lado para otro. Enroscaba sus uñas a las patas de las sillas y, soportado en sus gigantes pies, daba un pasito y luego otro.

En un ser como Lucho la vida parecía sucumbir a la paradoja del espacio-tiempo. Aunque la vida continuaba con su tránsito monótono entre la sombra y la luz, el mundo del niño, encarnado en su propio cuerpo, se movía a otro ritmo. Un día —todavía en los primeros meses de vida— podía parecer un bebé tierno, descubriendo el mundo con sus ojitos abiertos, fulgurantes; y otro día —como si dentro de ese mismo cuerpo otro ser luchara por salir— Luis parecía más grande, dos, tres años mayor. Así, cada día suponía para la madre un nuevo acontecimiento incomprensible. Mientras su hijo dormía parecía que las células se reproducían a la velocidad de la luz. Y otro día, esas mismas células se contraían, retrotrayendo el cuerpo del hijo. El cuerpo de Luis: masa de plastilina, se alargaba y acortaba: fuelle de acordeón. Era imposible precisar la edad del niño. Desde los seis meses, cuando empezó a caminar, la permanente mutación no se detuvo. Rosa optó, por ello

mismo, en prescindir del vestido para su hijo —pantalones, camisetas o medias, valían un día sí, otro no— y cubrió a su hijo con un poncho que, unos días, le cubrían apenas el pecho y otros, le llegaba hasta los tobillos.

Sin embargo, quizás hacia el sexto año, el ritmo frenético paró.

Luis dejó de extenderse y enrollarse: la materia gomosa que parecía formar su cuerpo dejó su consistencia plástica para convertirse en carne humana: las células, por fin, parecieron encontrar respiro. Y el niño, igual que una mariposa que emigra de su capullo, salió a la luz.

Tenía una habilidad sobrenatural con las manos: sentado afuera de la casa, luego de que la lluvia hubiese terminado de caer, dejando la tierra húmeda, lodosa, tomaba un poco de tierra y empezaba a formar figuras. No eran las torpes masas amorfas de los niños de su edad, sino delicadas representaciones de humanos, árboles y animales. En especial, le encantaba diseñar gatos, gallinas y monos. Miraba en la televisión algún programa donde aparecían estos animales y luego los reproducía con el barro. En su memoria prodigiosa, se impregnaban los registros concretos de las formas y colores. Hablaba con soltura adulta. Cualidad que empezó a mostrar desde los primeros meses cuando las palabras —igual que el cuerpo gelatinoso— se desplazaban

en un ir y venir como un filamento de queso *mozzarella*. De bebé —tal vez antes del primer año de vida— emitió oraciones completas, lógicas y sugestivas, a veces monólogos delirantes, y al día siguiente, al ritmo de su cuerpo que se contraría, apenas podía pronunciar monosílabos o gemidos torpes. Pero a los seis años o más, cuando cesó el crepitar acelerado de su cuerpo, también las palabras encontraron su medida.

La madre, a pesar de su poca educación, estaba segura de que su hijo era especial, pero no se atrevió a comentar con nadie sobre sus capacidades singulares. Nadie la creería. Por el contrario, luego de que el pequeño empezara a caminar, a crecer y reducirse al mismo tiempo, decidió que el único sitio seguro para él era la casucha donde vivían. Dejó de llevarlo a la casa de los señores López, donde estaba empleada, y lo encerró. Todas las mañanas, luego de que su hijo comiera abundantes porciones de alas de pollo —herencia directa de su madre— y bebiera dos buenas tazas de humeante café; cerraba la casa y ponía candado a la puerta. El sol brillaba sobre la superficie del candado. El ruido de los autos —una ola trémula de motores y cláxones, de sirenas de ambulancia y escapes dañados— inundaba el ambiente desde la avenida que se hallaba a trescientos metros de la casa rodeada por un espeso follaje.

Rosa, al regresar a la casa, encontraba a su hijo inquieto, con los ojillos desorbitados y un hambre feroz.

Le calentaba los restos de comida que había tomado de la casa de los López y le preguntaba qué había hecho. Lucho devoraba arroz, carne, plátanos fritos, apenas respirando después de cada bocado, y, al mismo tiempo, le contaba a su madre que había moldeado su figura: una réplica asombrosa de su madre, en miniatura, que a Rosa, contrariamente a lo esperado, le produjo desconcierto y miedo.

Día tras día, el encierro le resultaba asfixiante. Una tarde, cerca de las seis, cuando en el cielo se tejía una constelación de apremiantes nubes cenizas, Rosa descubrió que su hijo había escapado de la casa. En una de las paredes se divisaba un hueco lo suficientemente grande como para que el cuerpo de Lucho —brazos y piernas largas, cabeza redonda y pecho desprendido en una amelcochada giba— pudiera salir. No tardó mucho en descubrir dónde se hallaba la criatura pues una serie de estruendos, como los de un pájaro silbador, le dieron la señal. Lucho estaba encaramado en uno de los árboles que crecían a mitad de camino entre la casa y el río. El niño, al mirar el desconcierto de su madre, rio y empezó a descender colgándose de las ramas, como un mono.

Rosa lo reprendió, le dijo que no podía romper las paredes de la casa, y escapar como un loco, debía hacer caso a lo que ella dispusiera. Lucho le dijo que no podía aguantar ahí adentro, tantas horas, pero que le prometía que si ella lo dejaba quedarse fuera de casa, él, como

un niño bueno, obedecería todas las disposiciones que ella, como su santa madre, le recomendará. Rosa cedió. Era imposible otra respuesta. Lucho se acercó donde su madre y parándose sobre sus piernas la abrazó cándidamente. La noche cayó. En el cielo era posible contemplar un cúmulo insondable de estrellas y constelaciones. Cómo habría querido Rosa conocer historias sobre navegantes galácticos para contárselas a su hijo, pero apenas podía reconocer la Cruz del Sur. Le contó que, hacía tiempo, en su juventud, un enamorado le había mostrado en el cielo estrellado aquella forma singular que recordaba la cruz donde murió nuestro querido señor Jesucristo.

No obstante, las promesas de Lucho resultaron solamente eso.

Cada tarde, al regresar de su trabajo, Rosa encontraba nuevos destrozos. El niño abría huecos en las paredes, arrancaba las láminas del zinc, quemaba las ollas. Lo peor de todo —que es mucho decir, pues la casa parecía haber soportado los embates feroces de un tornado— era que el Lucho se había aficionado por coleccionar todo tipo de cadáveres de animales: ratas, pájaros y perros. Para ello fabricaba trampas con sogas, cajas de madera y palos de escoba, a los que afilaba en un punta con un platinado cuchillo de cocina. Incluso había tomado algunos de los cables de luz que su madre usaba para colgar la ropa con el fin de fabricar sus trampas. Afuera de la casa, junto a

la puerta de entrada, el niño, luego de rondar por las trampas dispuestas en los perímetros colindantes coleccionando los animales cazados, se sentaba en cuclillas y con el cuchillo terminaba de matar a las víctimas, luego las trasquilaba hasta dejarlos como bebés recién nacidos, y los colgaba en filudos palos clavados en la tierra. Para Rosa era un espectáculo terrorífico, pero, a pesar de los intentos de negociar con su hijo, nada podía hacer. También continuaba esculpiendo hermosas figuras de barro: ángeles y vírgenes, cisnes y tucanes, sirenas y unicornios. La madre no terminaba de asombrarse cada vez que su hijo la tomaba de la mano y la llevaba detrás de la casa donde, como si fuese el jardín de las delicias, estaban sus esculturas. ¿Dónde viste esto, hijito?, preguntaba la madre, al descubrir frente a sus ojos a un gigante unicornio. No sé, mamá, le respondía Lucho, me aparecen en la mente.

No obstante la admiración que le producía, ella ya no podía controlar a su hijo. En varias ocasiones, al encontrarlo sentado en el suelo, con la luz de la tarde cayendo sobre su cabeza como un chorro de aceite, rodeado de los cadáveres de los animales cazados, perdió los estribos y luego de gritarle que dejara de hacer eso, se sorprendía a sí misma pegando a su hijo, primero nalgadas, y luego cachetadas o golpes de puño. Rosa —que provenía de una familia en la que la madre había hecho de la violencia contra su hija un acto normal, obligatorio— se había

prometido a sí misma, a los quince años, mientras su madre le pegaba en la cabeza con la escoba, que cuando fuese madre jamás haría lo mismo con sus hijos, ahora, al tiempo que descargaba su furia contra su hijo, creía que dios la castigaría por su comportamiento. Incluso llegó a creer que su hijo, así, monstruoso, desafiante y salvaje, era un castigo divino por una vida llena de licencias y pecados. ¿Pero cuáles, mi Dios padre —le preguntaba—, si ella había sido tan devota y cristiana, durante toda la vida? En su mente, cruzada por la neblina y el desconcierto, apenas podían vislumbrarse imágenes imprecisas del pasado. Quizás aquella vez que perdió la virginidad detrás de unos matorrales en su pueblo. O, pocos años antes, cuando la sangre de la primera menstruación le pareció un acto impuro que enterró junto con el estropeado calzón junto a un árbol. Tal vez el hecho de gozar su cuerpo al sentir las caricias de aquel enamorado con el que, luego de hacer el amor sobre el pasto verde de la quebrada de Lloa, creía que el mundo era hermoso, acostada sobre su pecho, mientras él le hablaba de la Cruz del Sur. Tal vez el odio a ese mismo dios que no evitó que la puñalada de un asaltante nocturno se llevara a su hombre. Rosa se preguntaba si ahí estaría la raíz de la ira divina, si esa sería la causa, pensaba, de todos sus castigos y acto seguido, mientras observaba a su hijo, sumiso, agarrado a los pies, a los cuales besaba con devoción silenciosa, lo tomaba en brazos y lo be-

saba en las mejillas, una y otra vez, como si así pudiera desprenderse del horror que le causaban sus propios actos.

Luego de estos encuentros, el niño parecía sumirse en un estado meditativo, lejano, apenas susurrando para sí, al tiempo que se acostaba sobre el piso para mirar las formas apelmazadas de las nubes. Así pasaba el día entero hasta que las primeras gotas empezaban a caer. Entonces, rápidamente, se metía en casa. Odiaba el agua. La madre y su hijo, juntaban planchas de zinc o pedazos de plástico para cubrir los agujeros que el propio Lucho había hecho.

La calma parecía regresar.

Sin embargo, de un día para otro, la ley de la ferocidad operaba nuevamente en el cuerpo de Luis. Se levantaba de la cama y luego de que su madre partiera para sus jornadas habituales, empezaba con sus andanzas. Para Rosa era ya un caso perdido. Empezó a contarle a su patrona sobre el comportamiento extraño de su hijo, así como sobre sus habilidades para la escultura y la caza de animales silvestres. La señora de López, luego de salir del estupor —una mezcla de incredulidad y asombro— aconsejó a su empleada doméstica que ingresara a su hijo a un instituto mental, quizás ahí, le dijo, podrían encontrar la cura para los males. Rosa le dijo



que su hijo no estaba loco. Entonces, respondió la señora de López, deberías darle una lección. Dile a un hombre que conozcas que le dé una buena paliza al guambra malcriado para que tome juicio. Rosa, mientras la señora le recomendaba, pensó en su compadre Edison. Aunque no lo había visto en mucho tiempo, a raíz de la desaparición de su marido; seguramente podría contar con su apoyo. Durante el trayecto de regreso, sentada en una de las últimas bancas del bus, mientras la ciudad parecía una mancha de formas, apenas visible detrás de la ventana, Rosa creyó que, quizás, no fuese necesario adoptar medidas tan extremas. Su hijo no era tonto, y tarde o temprano debía entrar en razón. Era cuestión de mantener la calma, armarse de paciencia y esperar a que en el Lucho se abriera el entendimiento. Sin embargo, al llegar a la casa se dio cuenta que, en efecto, era imposible dominar la naturaleza animal de su hijo. Sobre la puerta de la casa, el niño había clavado, al menos, dos docenas de diminutos cráneos pulidos y lisos —sobre los cuales el sol de la tarde refulgía con sus últimos rayos de luz— de bebés ratas. Rosa no reaccionó como hubiese sido de esperar. Apenas le dijo que tenía unas cuantas alas de pollo que había tomado del refrigerador de su patrona y que pronto podría comer.

A la mañana siguiente fue a visitar a su compadre Edison en el edificio que levantaba, junto con treinta

albañiles más, frente al parque La Carolina, y le contó todo, sin guardarse ningún detalle. Los dos, apostados debajo de uno de los árboles del parque, se protegían del caliginoso resplandor del mediodía, mientras comían platos de guatita y bebían sorbos de Coca Cola. El compadre le dijo que contara con su ayuda. El fin de semana iría a la casa y le daría una buena zurrada al impetuoso niño de los demonios. Y así lo hizo.

El sábado llegó cerca del mediodía. Traía atravesada una borrachera a cal y canto. Apenas podía ponerse en pie y, mientras lanzaba improperios contra el mundo, trataba de encender un cigarrillo. Rosa salió de la casa donde a esa hora preparaba una espesa sopa de fideos con pollo. Lucho estaba detrás de la casa diseñando un conjunto de figuras en serie: se trataba de una decena de maltrechos soldaditos norteamericanos de la guerra de Vietnam que el niño había visto en una película el día anterior. Al mirar el estado calamitoso del compadre, Rosa se arrepintió de haberle pedido lo pedido. A la vista era una mala idea y, al tiempo que arrastraba al compadre adentro de la casa, trató de disuadirlo, pero era una misión imposible: Edison, afiebrado por el alcohol que bullía en la sangre, insistía en que si su comadre necesitaba de un hombre que pusiera las reglas de la casa, él estaba ahí para eso y para lo que necesitara. Al subrayar las últimas palabras, Rosa sintió una punzada en el estómago.

¿De verdad, era real lo que escuchaba? ¿Podría su compadre, el delgado y sibilino Edison, anidar en su corazón otros sentimientos hacia ella? Y de ser así, ¿eso podría suponer que Dios le diera una nueva oportunidad para ser feliz? Durante los siguientes minutos, mientras Edison caía desplomado sobre la cama, con la piel cetrina y los ojos hundidos en profundas ojeras, Rosa pensó que, quizás, todo podía arreglarse, aunque, inmediatamente, otra punzada le apuñaló el corazón: tal vez, el borracho Edison, quisiera que ella estuviese, por obra y magia del destino, otra vez soltera y huérfana de hijos. Tal vez, seguía pensando, como si su cerebro fuese una máquina fabril, el compadre suponía que ella quería deshacerse de su hijo para allanar su camino. Eso jamás pasaría, dijo al borracho que empezaba a roncar emitiendo sostenidos hipos apestosos, y fue a encontrar a su hijo. Era un acto instintivo, debía abrazarlo y reafirmar que, pasara lo que pasara, nunca se separarían. Detrás de la casa, amparado por las sombras que formaban las prendas colgadas en los cables de luz, Lucho continuaba con su metódica labor. Alzó la mirada y vio a su madre: le parecía hermosa, casi la réplica perfecta de la virgen María que los protegía desde la imagen clavada cerca del televisor: pensó que debería moldear la figura de su madre y él en su piernas, apenas despierto. Durante otros segundos la contempló iluminada por los

rayos del sol que a esa hora caían desde el cielo, perpendiculares, en un chorro prolongado de luz blanca. La madre se acercó y, sin rozar siquiera las piezas que su hijo había formado con tanta meticulosidad, lo abrazó, lo besó en la frente, los ojos y las manos. Mi amado hijo, le dijo, y regresó a la casa. El compadre la esperaba bajo el umbral de la puerta, con los ojos vidriosos y trastornados. En la mano derecha blandía el filoso cuchillo que Rosa usaba en la cocina. Rosa se abalanzó hacia él. ¡Está loco!, compadre, le dijo, deje eso. ¡No!, gritó el hombre, ahora vamos a hacer justicia divina: hay que matar al engendro de Satanás. Deje, deje, imploró Rosa, tratando de evitar que Edison pudiera dirigirse a la parte trasera de la casa. Pero los intentos fueron vanos: ella no podía competir con la fuerza del compadre quien, con un manotazo preciso en el rostro, la dejó tendida sobre la tierra. Una nube pasajera desdibujó la masa caliente del sol. Se hizo la sombra. Edison caminó todavía zigzagueante hacia el pequeño Lucho. Este, al mirarlo, se levantó preparado para lo que venía. En su fuero interior sabía que debía defenderse del gigante que, con los ojos ensangrentados de furia, se acercaba. La pelea fue breve, apenas lo suficiente como para que el niño, con un salto impredecible, estuviera sobre el cuerpo del borracho. En la caída, Edison se desprendió del cuchillo

y, durante unos eternos segundos, miró la figura demoníaca de Lucho, con los dientes de Drácula y la risa colmándole el rostro. Y luego, al tiempo que sentía cómo el filudo metal ingresaba en su corazón, pudo sentir los estertores de su vida, una vida que se le escapaba entre regurgitaciones de burbujeantes sendas de sangre, y el olor ácido, ligeramente dulzón de la misma sangre. Luego, el silencio. Lo último que miró fueron unas sombras que descendían del cielo como caballos salvajes, y el olor espeso del contaminado río Machángara.

Cuando Rosa despertó corrió hacia la parte trasera de la casa. El corazón le latía con fuerza. Una línea de sangre le surcaba la frente, le dolía la cabeza. Entonces descubrió la escena: el cuerpo sin vida del compadre, con el cuchillo todavía clavado en el corazón, sobre un rojísimo charco de sangre, junto a las ropas en el piso, las mismas que ella había lavado por la mañana y que luego colgara sobre los alambres de luz. Extrajo el cuchillo del cuerpo inerte con un gesto de horror, y empezó a buscar a su hijo por todas partes, gritando su nombre una y otra vez. Todo estaba en silencio. Era como si el tiempo se hubiera detenido, en una perpetua cámara lenta, tan poderosa que desvanecía los ruidos, los olores, el espacio. Caminó hacia la quebrada que llevaba al río. Ahí, envueltos al árbol descubrió los cables de luz. Gritó, aulló, y se abalanzó hacia su hijo al mirar

cómo esos cables, sujetos a la raíz del árbol, envolvían su cuello. Con el cuchillo friccionó sobre la capa de PVC hasta que, por fin, los cables se rompieron. Inmediatamente escuchó cómo el cuerpo de su hijo se deslizaba por la quebrada. Se imaginó lo peor: el cuerpo de Lucho cayendo sin resistencia hasta el mismo río. Pero, por suerte, mientras el niño se deslizaba entre los matorrales, había podido sostenerse con sus manos. Benditas garras de mono, pensó la madre, y empezó a subir a Lucho. En el cuello le surcaban dos líneas violáceas; de la piel lacerada brotaba un fina capa de sangre; los ojos, todavía desorbitados y la lengua colgando de los labios. Pero estaba vivo. Era un milagro. Durante el resto de la tarde curó las heridas de Lucho y, sentada sobre la silla mecedora, contempló cómo la tarde se perdía detrás de un azulino manto amarillento, renacentista.

Lucho, todavía con los colmillos de la muerte mordiéndole las heridas, pensó que la siguiente escultura que elaboraría sería la de su piadosa madre, vestida como la virgen María, con su hijo sobre sus piernas, desfalleciente y feliz; sí eso haría, pensó.